



TESOROS

REVISTA

CRISTIANOS

Recursos para la edificación del Cuerpo de Cristo

TEMA DE PORTADA:

EL USO LEGÍTIMO DE LA LEY

COMPLEMENTOS:

David Brainerd

Biografía

Huid de la fornicación

Jóvenes

El hombre íntegro

Masculinidad

Avanzando en la presencia de Dios

Feminidad

El creyente frente al Covid19

Actualidad

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.



© **EDICIONES TESOROS CRISTIANOS**

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia



Título: El uso legítimo de la Ley

Año 1 - Revista 4°

Abril – Junio del 2020

1ª. Edición

Todos los versículos usados son de la versión Reina Valera 1960 a menos que se indique lo contrario.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio sin la previa autorización del ministerio de Tesoros Cristianos.

PRESENTACIÓN

Con mucha alegría en el Espíritu Santo presentamos a nuestros lectores una edición más de nuestra revista. En esta publicación abordaremos el tema: “El uso legítimo de la Ley”. Si el lector ya es alguien que busca la verdad, seguramente ya se encontró - o probablemente sucederá algún día - con muchas falsas interpretaciones de la Ley de Dios. Personas que distorsionan el significado de las Escrituras buscan colocar sobre nosotros un yugo de esclavitud, intentando llevarnos a un camino de obras y méritos humanos, siendo más que imposible que alguna de estas cosas nos acerquen a Dios.

Querido lector, usted será conducido por estas páginas con un propósito muy claro: Hacer que usted perciba la Escritura de una manera completa y unificada, no colocándola en contradicción consigo misma, sino aclarando un tema que está entre los más controvertidos hoy en día.

En la preparación de tan difícil tema, hemos vivido una clara oposición espiritual. Esta realidad es una señal evidente de que estamos en el camino correcto.

Luego que Satanás pierde un alma, tratará de impedir que esa persona pueda crecer en el conocimiento de Dios. Esto mismo aconteció antes de la liberación del gadareno descrita en el capítulo 5 de Marcos, cuando hubo gran tempestad, señal de la oposición maligna en contra de la liberación de aquel hombre. Así también, nosotros hemos experimentado ya una gran tempestad de luchas y dificultades para lograr impulsar esta edición, quedando en evidencia que se obtendrán con la misma muchas bendiciones.

Más allá de sólo ser perdonados de nuestros pecados, sabemos que el Señor nos quiere conducir a una vida íntima de relación con Él y Su Palabra. El Señor use, por Su misericordia y gracia, esta edición para liberar a muchos de los problemas del legalismo, del libertinaje, y nos lleve a entender lo que las Escrituras dicen con respecto a la Ley de Dios y su uso legítimo.

¡Que el Señor, por su bendita gracia, pueda usar las páginas de la presente edición para promover la edificación en nuestras vidas! Es nuestra sincera oración en el precioso nombre del Señor Jesús ¡Amén!

Marcelo Vieira

ÍNDICE

TEMAS DE PORTADA

El peligro de querer justificarse por las obras de la Ley	5
El fin del régimen de la Ley y el establecimiento del Nuevo Pacto.....	15
La Ley como instrumento para mostrar el pecado y llevarnos a Cristo	27
El cumplimiento y la magnificación de la Ley en Cristo	39
Los conceptos equivocados del cristianismo judaizante	51

COMPLEMENTOS

Biografía - David Brainerd	61
Jóvenes - Huid de la fornicación	75
Masculinidad - El hombre íntegro	89
Feminidad - Avanzando en la presencia de Dios	97
Actualidad - El creyente frente al Covid19.....	107

EL PELIGRO DE QUERER JUSTIFICARSE POR LAS OBRAS DE LA LEY

*“Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los
cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.”*

(Mt. 11:12)

El Reino de los Cielos se ha levantado siempre en medio de gran variedad de conflictos espirituales. Los enemigos y opositores han sido varios y diversos. Desde el ambiente religioso judío, siguiendo por la superstición de las religiones paganas, y pasando por la crueldad de los emperadores romanos, muchos han sido los ataques que la Iglesia ha enfrentado en el avance y progreso del Reino de los Cielos. Las victorias han sido muchas; pero también los grandes sufrimientos tienen lecciones profundas y necesarias en nuestra educación espiritual. El cristiano que desconoce estos conflictos y los métodos usados por el enemigo, será una presa fácil del error y del enemigo.

Un enemigo siempre presente

Uno de los grandes enemigos que asoló la Iglesia desde sus primeros días, y se convirtió en un gran rival, fue el judaísmo. El celo religioso, la envidia y la falta de conocimiento en cuanto a la verdad, volvieron a este grupo un vehemente oponente de Cristo, del Evangelio y de la verdad predicada

por los apóstoles. Esta realidad no fue exclusiva de la Iglesia primitiva y de la era de los apóstoles. Las sutilezas y los engaños usados por los llamados judaizantes siguen estando presentes en nuestros días como un peligro que debe ser considerado y expuesto. Gracias a la Providencia Divina y a las luchas que enfrentó el apóstol Pablo en todo su ministerio, tenemos en las Escrituras una gran cantidad de material que nos blindamos ante las artimañas del error de estos grupos.

Un peligro sutil, pero destructivo

Si bien existen muchos peligros, como lo hemos venido mencionando, no existe peor mal que cuando el diablo se disfraza de ministro de luz y mensajero de verdad. Como alguien decía: “El diablo no es más diablo y más mentiroso que cuando trae una Biblia debajo del brazo”. Así fue la obra de los judaizantes; estos mensajeros de Satanás se introducían solapadamente en las iglesias, acreditando ser ministros de Dios introduciendo sutilmente el veneno mortal de un falso evangelio. ¡Sí, un falso evangelio! Un evangelio maldito, un evangelio que alejaba las iglesias de Cristo, un evangelio que pervertía la verdad; un evangelio que nos saca de la libertad en Cristo y nos regresa a la esclavitud de la Ley.

Ahora, por mucho que parezca sorprendente, no fueron pocos los cristianos y las iglesias que se dejaron seducir por este engaño. El mismo Pablo, escribiendo a las iglesias de Galacia, dice: “*Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.*” (Gá. 1:6). Este alejamiento de parte de estas iglesias fue tan rápido y precipitado, que el mismo

apóstol Pablo quedó escandalizado. Si las iglesias donde se había presentado claramente el Evangelio de Cristo habían caído en semejante error, ¿qué se puede esperar de las iglesias en nuestros días, en las cuales abundan el analfabetismo bíblico y doctrinal? Esto representa un panorama oscuro y difícil al cual debemos enfrentarnos. No son pocos los “cristianos” que hoy en día piensan que es necesario guardar el sábado; que están volviendo a celebrar las fiestas judías de la Ley; que han caído en el error de pensar que se debe orar en hebreo, y que decir el nombre de Jesús en español es una herejía. No son pocos los “cristianos” que están volviendo al rito de la circuncisión; que están buscando raíces hebreas en sus apellidos como algo de lo cual jactarse. Y existen iglesias repletas de elementos alusivos al judaísmo: el arca de la alianza, vestiduras sacerdotales, el uso de la kipá, el uso de candeleros, el uso del shofar, y muchas cosas más. Este sutil velo de legalismo y religiosidad está prosperando en nuestros días, y las garras del error están atrapando a muchos cristianos ingenuos e ignorantes. El camino peligroso de la apostasía ha llevado a algunos a caer de la gracia de Dios para estar nuevamente bajo la Ley, de los brazos de Cristo a las cadenas de la Ley, de la libertad gloriosa en Cristo a la esclavitud miserable de la justicia propia. ¡Qué sutil y peligroso enemigo tenemos por delante! ¡Dios tenga misericordia de Su pueblo en estos días!

Examinemos los peligros de los cuales nos advierten las Escrituras en relación con los judaizantes:

Desvincularnos de Cristo

Sutilmente, los judaizantes se presentaban ante las iglesias como seguidores de Jesucristo, y gran parte de su doctrina era ortodoxa. Ellos no negaban la divinidad ni la humanidad de Cristo, creían en la inspiración de las Escrituras y se presentaban como maestros de la verdad. Si no hubiera sido así, no habrían tenido éxito ni aceptación entre las iglesias. Aparentemente, ellos no negaban el Evangelio, sólo que, con mucha astucia, querían imponer requisitos adicionales, ceremonias antiguas y normas del Antiguo Pacto como normas de salvación y vida para los cristianos. La mala interpretación de las Escrituras por estos maestros, y versos sacados de su contexto, llevaron a estos hombres a ser muy efectivos en tan perjudicial labor.

El gran problema con este tipo de doctrina y práctica es que sutilmente el cristiano comienza a confiar en las obras de la Ley, y se desvincula de Cristo. *“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído”* (Gá. 5:4). El camino de la justicia por las obras de la Ley es muy dañino, porque es un camino que nos separa de Cristo, nos desvincula de Él. No existe tal cosa como seguir a Cristo y, al mismo tiempo, vivir bajo las obras de la Ley. Cuando un seguidor de Cristo entra en ese camino de guardar el sábado, circuncidarse y estar bajo los preceptos de la Ley, se introduce inmediatamente en un camino opuesto a Cristo. Es como si condujéramos un vehículo en dirección al norte, y tomáramos un desvío que nos introdujera en una carretera en dirección al sur, por lo cual iríamos en total contraposición a nuestro objetivo inicial y, por lo tanto, nos alejaríamos cada vez más de dicho objetivo.

El diablo es tan sutil, que en su obra de alejar al cristiano de Cristo, no le interesa el método que use, puede ser el mundo, el pecado o la religiosidad de la Ley. Su objetivo es que perdamos nuestra dependencia de Cristo, y pongamos nuestra confianza en cualquier otra cosa. Es muy común en esos ambientes que los hombres ya no confían en Cristo ni se glorían en Él, sino que su confianza viene a estar en lo que ahora ellos hacen y practican; los méritos del hombre y sus obras son aplaudidos, mientras que poco a poco se alejan cada vez más de Cristo. Para un cristiano, el mensaje “inofensivo” de guardar el sábado cumple el objetivo diabólico de apartarnos de Cristo, mejor que lo que haría la invitación de una mujer ramera a la fornicación, o un amigo mundano a la bebida; porque la religiosidad tiene un poder en boca del falso maestro para engañar a los ingenuos que no conocen verdaderamente el Evangelio de Cristo. Desde los días apostólicos hasta hoy, la religiosidad de la Ley ha sido usada como un cebo o carnada para atrapar a los hombres y alejarlos de la sincera fidelidad a Cristo. Y no es en vano la advertencia que Pablo nos da cuando dice: “...*de la gracia habéis caído.*” Alejarnos de Cristo para ser discípulos de los judaizantes es caer... ¡caer drásticamente y precipitosamente! Judaizarnos no es avanzar, no es obediencia a Dios, como muchos dicen ¡Claro que no! ¡Es más bien una miserable caída! Es caer tristemente de la posición gloriosa como hijos de Dios, a una posición de rebelión a la verdad. Personas que disfrutaban de la gracia derramada por Jesús y la obra de la cruz, ahora son expuestas a los truenos y terrores del juicio del monte Sinaí.

Los horrores de abandonar a Cristo para volver atrás y confiar en las obras de la Ley son indescriptibles. Ya la Palabra

nos lo advertía: “*¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?*” (He. 10:29). Hay muchas formas de pisotear la sangre de Cristo y hacer afrenta al Espíritu de gracia, pero ninguna tan absurda y ofensiva como la de pensar que la obra de Cristo fuera incompleta, y que debemos terminarla con las obras de la Ley. Semejante desafío planteado por los judaizantes al Evangelio de Jesucristo es digno de un castigo ejemplar.

La esclavitud de la Ley

“*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.*” (Gá. 5:1). La epístola a los Gálatas es considerada como el tratado de la libertad cristiana, libertad que estaba siendo amenazada por los judaizantes; éstos prometían libertad en la Ley, pero llevaban a los hombres a la esclavitud. Estos hombres ignoraban que el hombre, al ir a la Ley y tratar de justificarse mediante ella, está entrando en un camino de innumerables compromisos y obligaciones que nunca va a poder cumplir. La Ley no es comida de bufet donde podemos escoger lo que más nos agrade, y desechar el resto. ¡No! La Biblia advierte que si un hombre quiere cumplir la Ley, debe obedecerla en su totalidad: “*Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.*” (Stg. 2:10). Ahora pensemos en todo el peso de la Ley y sus obligaciones. No existe peor yugo a cargar que aquel que supera nuestras capacidades. El hombre en su pecado no puede, ni nunca podrá, cumplir con todas las exigencias de la Ley. Aquellos que se entregan a este propósito son tratados como esclavos

miserables que no pueden cumplir sus obligaciones, van a ser golpeados una y otra vez por su inutilidad, y sus obras serán profundamente infructíferas. El pecado en el hombre lo hace incapaz e inútil ante las muchas demandas de la Ley. Para un pecador, querer guardar la Ley es una falsa ilusión.

Ahora bien, hay algunos que sólo quieren tomar una parte y aplicarla al cristiano. En estos días hay una especial atracción y énfasis en guardar el sábado, pero preguntamos a los sabatistas de nuestra generación: ¿Qué pasa con los más de 600 mandamientos que existen en la Ley? Si un hombre escoge guardar la Ley debería guardarla toda. No se puede ser excluyente, mas aquí vemos lo absurdo e irresponsable de algunos en sus interpretaciones bíblicas. ¿Qué nos dirían, si por cumplir la Ley, tendrían que matar a sus propios hijos desobedientes? (Dt. 21:21). Muchos comenzarían a justificarse y a negar la propia Ley.

Pablo nos advierte: “*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres...*” La libertad que hemos recibido como creyentes en el Nuevo Pacto debe ser conservada y defendida. No son pocos los enemigos del Evangelio que nos quieren quitar la libertad para llevarnos a la esclavitud. No son pocos los que nos quieren robar lo que Cristo obtuvo para nosotros; Cristo nos hizo libres del pecado, Su muerte nos libró de la condenación y del peso de la Ley, Su resurrección nos hizo nuevas criaturas, y Su Espíritu cambió nuestro corazón. Ahora vivimos para servirle por amor, honrándole y obedeciéndole en todo. Pero todo esto es amenazado por los judaizantes y sus engaños; sus palabras son cadenas, y sus enseñanzas, prisiones de esclavitud; éstos

deben ser denunciados y expuestos, sus errores debatidos, y su espíritu extirpado de la Iglesia.

La maldición de confiar en las obras

Ahora, aquellos que quieren guardar la Ley no sólo están bajo esclavitud, sino que todo esto los lleva a estar bajo maldición. *“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”* (Gá. 3:10). Como el hombre no puede cumplir ni permanecer en todas las cosas escritas en la Ley, su pago será la maldición. Esta sentencia es irrevocable e inevitable. Esta es la herencia de los que escogen y enseñan este camino: ¡La maldición! El camino de la fe en Cristo lleva al hombre a la salvación. El camino de volver a Moisés y a su Ley para querer obtener salvación, nos vuelve a poner en camino de condenación y del juicio de Dios. Que lo sepa todo hombre en todo lugar: Si le damos la espalda a Cristo y Su Evangelio para volver a la Ley, estaríamos desafiando a Dios, y nos espera su maldición. Tal enseñanza de que la obra de Cristo no fue suficiente para la salvación, y de que se debe añadir obediencia a la Ley (dada a Moisés), es un terrible agravio a la gracia, es un evangelio diferente, un evangelio maldito. Y como diría Pablo, aunque esto lo predicara un ángel, no deja de ser un engaño y un error doctrinal con nefastas consecuencias para el que lo enseña y para los que lo obedecen. *“Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.”* (Gá. 1:9).

Adolf Pohl es muy oportuno cuando afirma que: “El Evangelio transfiere al cristiano del área de la maldición al área de la bendición; pero a través de la apostasía, el cristiano elige nuevamente su lugar bajo la maldición”. Sólo el Evangelio ofrece salvación gratuita y por gracia en Cristo, pero dondequiera que la Ley tiene una maldición para el hombre que la incumple, el Evangelio tiene una maldición para aquellos que lo quieran torcer o pervertir.

Recordemos claramente que no existe compatibilidad entre la fe en el Evangelio y las obras de la Ley para salvación. Esto sería como tratar de mezclar agua con aceite. Es claro que la Ley y los profetas hacen parte del canon de las Escrituras y son Palabra inspirada por Dios. Hay peligro en no entender que la Escritura fue desarrollada en un progreso de revelación y de propósito, y el fin de Moisés, como el de los profetas, fue anunciar el Evangelio de Cristo. Ni Moisés ni la Ley fueron contra Cristo y Su Evangelio. Es la distorsión y la mala interpretación de los judaizantes, quienes tomando ciertos pasajes los aplican fuera del contexto inicial y completo de las Escrituras. La misma Ley y los profetas nos anunciaban al Salvador (Lc. 24:27). No hay discordancia entre el Evangelio de Jesucristo y lo que enseñó Moisés. Cada porción en la Biblia es importante y hace parte de un todo. Pero como decía Pedro hablando de los herejes de su época y el mal uso que hacían de las Escrituras: “...*las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición.*” (2 P.3:16). No es de extrañar que también existan personas en nuestros días que tuercen las Escrituras para su propia perdición y la de sus seguidores.

Alistarnos para la guerra

Ahora, como este panorama no es ajeno a nosotros como pueblo del Señor, somos llamados a combatir ardientemente por la fe que una vez nos fue dada (Jud. 3). Se han infiltrado hombres perversos, mensajeros de Satanás, quienes, con una falsa apariencia de piedad, quieren hacernos desobedecer el camino de la verdad. Y la advertencia de Pablo es muy oportuna en nuestros días: “*Un poco de levadura leuda toda la masa.*” (Gá. 5:9). Si nosotros toleramos un poco de la levadura de los judaizantes, sea el sabbat, la circuncisión, o cualquiera de sus disparates religiosos, vamos a ver que todo el testimonio de Cristo es afectado negativamente por la levadura de la falsa religiosidad. Este combate por la pureza del Evangelio es tan antiguo como actual. Dios prepare un pueblo capaz de resistir los ataques feroces del error, un pueblo capaz de desenmascarar y denunciar los falsos ministros; una Iglesia firme y fuerte en Cristo, capaz de ser luz, con la verdad del Evangelio, para aquellos que se oponen.

Nuestro corazón con tristeza, y nuestros ojos con lágrimas, levanta al Señor oraciones por aquellos que han abandonado la fe, habiendo sido nuestros compañeros de milicia, y ahora siguen el camino de la sinagoga de Satanás.

Dios quiera que el actual número de esta revista sirva para que los hijos de Dios se afirmen en la verdad, y puedan ser apercebidos de los problemas y errores que existen en esta sutil, pero muy perjudicial, obra de Satanás.

Pablo David Santoyo

EL FIN DEL RÉGIMEN DE LA LEY Y EL ESTABLECIMIENTO DEL NUEVO PACTO

*Lecturas bíblicas: Romanos 7:1-6; Hebreos 8:8-13;
2 Corintios 3:1; Gálatas 2:18*

Como ocurre con muchos temas que encontramos en las Escrituras, el asunto de la Ley de Dios es distorsionado y evaluado de manera equivocada por muchos. En toda la historia de la Iglesia encontramos individuos que distorsionaron el verdadero significado de la Ley y pervirtieron el Evangelio. Estos hombres transforman el cristianismo en algo semejante a las religiones de mérito, en las cuales el hombre alcanza el favor de Dios mediante sus “buenas” prácticas u obras. Tales personas perdieron el significado de la Gracia Divina, haciendo mal uso de la Ley y su significado.

Entre estos movimientos están los judaizantes, hombres de un movimiento que ya existía en los días del apóstol Pablo; ellos decían que si los gentiles no se circuncidaban ni observaban la Ley de Moisés, de ninguna manera podrían ser salvos, desviando de Cristo y Su gracia a los hermanos para ponerlos bajo un yugo que ni ellos mismos podrían soportar. Pablo los combatió fuertemente durante toda su vida, instruyendo a los hermanos a no dejarse persuadir por hombres que los estaban desviando de la verdad.

En nuestros días tenemos esa misma lucha que tuvo el apóstol Pablo. Hay tantos movimientos llamados evangélicos, los cuales, haciendo mal uso de la Ley de Dios, aprisionan a los discípulos de Jesús en viejas prácticas caducas (sin vigencia) y ponen sobre sus hombros cargas imposibles de llevar.

Es sumamente necesario entender que nunca nos acercaremos a Dios por practicar las obras de la Ley; nunca seremos aceptados por Él de esta manera. Dios ya nos dio a Cristo, Su Hijo, y en Él nos fue dada la abundante gracia; no nos debemos apartar de ésta.

El progreso de la revelación bíblica

Cuando hacemos una lectura secuencial de las Escrituras somos puestos frente a una especie de progreso en la Revelación Divina. Dios se va revelando al hombre cada vez más en la medida que su historia va avanzando.

Entender este progreso en la revelación es fundamental, porque si vamos a estudiar la Ley e intentar buscar una explicación para ésta en determinada parte de la Escritura, olvidando relacionarla con el todo, difícilmente tendremos una comprensión exacta del propósito y significado de dicha Ley. Necesitamos siempre tener la visión general de las cosas antes de pasar a alguna parte específica.

Ya en este punto pecan los judaizantes. Ellos no comprenden el progreso de la Revelación Divina, y viven como si estuvieran en otra dispensación. No logran hacer una armonía ni perciben la unicidad de las Escrituras. Hacen un mal uso de la Palabra de Dios.

La Ley de Dios y las Alianzas

Una alianza o pacto es una promesa o acuerdo entre dos partes donde se involucran obligaciones y beneficios. Por toda la Escritura vemos a Dios haciendo alianzas con el hombre. Cada vez que propuso una alianza, Él la hizo en ciertos términos. Podemos llamar a estos términos como contrato o Ley de la Alianza. Es semejante a cuando hacemos un contrato, el cual es regido por un documento que establece su objetivo y la obligación de cada parte relacionada.

En la historia del mundo antiguo existían dos tipos de alianzas. La bilateral, que era condicional, y la unilateral, que era incondicional. Un ejemplo de alianza bilateral era cuando un rey vencedor de un pueblo establecía un contrato en estos términos: “A partir de hoy soy su rey, y ustedes mis súbditos. Si ustedes me sirven, me obedecen, pagan los tributos y me honran, entonces yo los defenderé, los protegeré de invasiones y demás; si ustedes me desobedecen, yo iré contra ustedes, aprisionaré sus hijos y los llevaré cautivos”. Así era una alianza bilateral y condicional de la época. Por otra parte, una alianza unilateral la podemos ejemplificar así: Cuando un rey quería donar cierto pedazo de tierra a alguien, él simplemente hacía un contrato que no involucraba ninguna exigencia de parte del beneficiario, todo dependía de la bondad de él, y él ponía en el documento solamente aquello que él mismo estaba haciendo en favor del beneficiado; esta era una alianza unilateral e incondicional.

Podemos encontrar estos dos tipos de alianza en las Escrituras. La alianza de Dios con Noé (Génesis 9) era una

alianza unilateral, sólo involucraba lo que Dios haría. La alianza de Dios con Abraham (Génesis 15 y 17) también era unilateral, solamente decía lo que Dios haría. Ya la alianza de Dios con el pueblo en el Sinaí fue bilateral; involucraba beneficios y obligaciones de las dos partes.

La importancia de la Ley revelada en el Sinaí

Aunque la alianza en el monte Sinaí era temporal, porque tenía, como podemos extraer de Hebreos, plazo de validez o caducidad, aun así era grande en gloria y tuvo un rol importantísimo en la dispensación del Antiguo Testamento. Podemos decir que ella hace parte de un momento único en la historia de la humanidad. El propio Dios vivo, en medio de truenos, relámpagos, en una espesa nube y con fuerte sonido de trompeta (Ex. 19:16, He. 12:18-29), habló a Moisés anunciando Su Ley. En Éxodo 31:18 se nos dice que eran tablas escritas por el dedo de Dios; y Pablo, en 2 Corintios 3:7-11, habla de la gloria de ese momento (aunque se desvaneció después), todo lo cual revela la grandeza de dicho momento.

En esta Ley, dada en el Sinaí, estaba revelado el carácter Santo y Justo de Dios. Era una demostración de Su Ser, y de las justas exigencias para que el hombre pudiera estar en Su Presencia. Esta Ley debería regir a todo el pueblo de Israel como nación, enseñaba cómo acercarse a Dios y andar con Él durante aquel tiempo, y los conduciría hasta la venida del prometido Profeta llamado Jesucristo, quien sería mayor que Moisés.

El quebrantamiento de la Alianza Antigua

Entodo el Antiguo Testamento vemos el tema de las alianzas vinculado a la figura del matrimonio. En esta figura, Dios es el esposo, y la nación de Israel su esposa. En dicha figura, la alianza entre Dios y Su pueblo es la alianza del Sinaí. En ésta, ellos se comprometían a amar a Dios por sobre todas las cosas y no podrían ir tras otros dioses. Israel, como la esposa, no podría cometer infidelidad, no podría cometer adulterio abandonando a Dios y traicionándolo con los dioses paganos. Si así hiciesen, estarían quebrando la alianza. Israel quebró la alianza que hizo con Dios. Jeremías 3 habla del adulterio del pueblo contra Dios, y Dios dándole carta de divorcio a Israel y prometiendo lo mismo a Judá. La alianza de este matrimonio era la alianza del Sinaí.

La Nueva Alianza

En Jeremías 31:31-34 existe la promesa de una Nueva Alianza, una alianza diferente de la del Sinaí. Dios dice que desposó al pueblo, como un novio a una novia; sin embargo, ellos no guardaron Su alianza. Ahora Él promete una Nueva Alianza diferente de aquella antigua. Si existe la promesa de la Nueva Alianza, revela por sí misma que la antigua se volvería vieja y caducaría.

Teniendo esto en mente, debemos prestar mucha atención en cuál alianza estamos, para no traer nada que ya haya pasado y no intentar vivir bajo los moldes de algo que Dios ya no espera de nosotros. ¡Estamos bajo la Nueva Alianza y en ella debemos permanecer!

Esta expresión ‘Nueva Alianza’, por sí misma, revela que de nuestra parte debe haber una búsqueda de la comprensión de aquello que permanece y de aquello que fue temporal y transitorio. Ser “nueva” indica que la otra es “vieja”, anticuada, obsoleta. Debemos entender que hubo una transición, y a la luz de la Nueva Alianza necesitamos hacer una relectura de la Antigua. El problema de muchos es que, en lugar de leer la Antigua Alianza por el Espíritu bajo la luz del Nuevo Pacto, ellos buscan una interpretación de los textos antiguos disociados del restante de las Escrituras. Así surge todo tipo de equivocaciones.

Para una mejor comprensión continuaremos usando la figura del matrimonio. En la Nueva Alianza, Jesucristo es el novio, y Su pueblo, la novia. En aquella ocasión, algunos discípulos de Juan el Bautista y algunos judíos querían causar problemas entre Jesús y Juan, pero el mismo Juan hizo esta maravillosa confesión: “*El que tiene a la novia es el novio...*” (Jn. 3:29) (NVI); él dijo que Jesús era el Novio, y aquellos que lo seguían, sus discípulos, eran la Novia. Ya allí estaba el anuncio de una nueva alianza de matrimonio entre Jesús y Su pueblo. Dios estaba nuevamente buscando una Novia para Sí. Él estaba buscando nuevamente al hombre para relacionarse con él. Esa figura del matrimonio era bien conocida entre los judíos.

¿Qué tipo de alianza es la Nueva Alianza? ¿Es unilateral o bilateral? No dudo al decir que la Nueva Alianza es unilateral, muy semejante y complementaria a la que Dios hizo con Abraham, donde Dios mismo asumió la responsabilidad de hacer, y juró por Sí mismo, no pudiendo jurar por otro mayor (He. 6:13).

Cuando analizamos las primeras menciones de la Nueva Alianza en el Nuevo Testamento podemos percibir muchas cosas (Mt. 26:17-30; Mr. 14:22-26; Lc. 22:19-21). Una de las más importantes es la señal de la Nueva Alianza, que es la sangre de Cristo. Jesús dijo: “...*Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada.*” (Mr. 14:24). Este verso revela que la base de esta Nueva Alianza era la Persona y la Obra de Cristo. En Él vemos Su sacrificio de sustitución en favor de los pecadores. Esta es la base para el perdón, para la redención, para la reconciliación con Dios. La Nueva Alianza es basada en el sacrificio de Cristo muriendo por Su pueblo, para beneficio de ellos, para salvación de ellos, quienes deberían recordar siempre este bendito sacrificio en favor de ellos; deberíamos partir el Pan, tomar la Copa, y siempre traer a la memoria la Nueva Alianza establecida entre Cristo y Su pueblo; una Alianza que es basada en la fidelidad de Dios en salvar completamente a Sus hijos ¡A Él pertenece la salvación!

Jesús vino a comprar una Novia para Sí, Él la compró con Su propia sangre. Él la rescató de un lugar terrible, le dio a ella ropas nuevas y la recibió para Sí mismo.

Algunos de los resultados de esta Nueva Alianza son descritos a continuación.

La purificación de los pecados de una vez por todas

Hay muchas diferencias entre la Alianza del Sinaí y la Nueva Alianza. Existen muchas cosas que constaban en la Alianza del Sinaí que perdieron su plazo de validez.

La primera de ellas es la llamada Ley Ceremonial, que eran leyes pertenecientes al sacerdocio. Esas prefiguraban la obra redentora de Cristo. Todos aquellos sacrificios, rituales, fiestas, días y comidas descritos, eran sombras del único sacrificio hecho por Jesucristo. Todo aquel sistema de sacerdocio y sacrificios que encontramos en los libros de Éxodo y Levítico, y que debían ser practicados continuamente, fueron cumplidos de una vez por todas en Cristo. Por lo tanto, el perdón de pecados fue dado de una vez por todas a Su pueblo. Esto se vuelve muy claro para nosotros en pasajes como Hebreos 7:27 y 9:12. En Hebreos 9:11-12 está escrito: *“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró UNA VEZ PARA siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”*. Note la importancia de esto: Cristo, con Su sacrificio, conquistó, **una vez y para siempre**, eterna redención. Eso demuestra la grandeza de la Nueva Alianza propuesta por Jesús. Por causa de este precioso sacrificio podemos ser totalmente perdonados para siempre.

Si en la Antigua Alianza eran necesarios sacrificios de todos los tipos, día tras día, ahora en la Nueva Alianza no hay necesidad de ellos, ya que ellos eran transitorios porque eran sombras de Cristo y, claramente, en el Nuevo Testamento hay un cambio en lo que se refiere a eso. Por lo tanto, aquello que se refería a la parte de la Ley llamada “Ley Ceremonial” se cumplió en Cristo, por lo cual no hay necesidad de repetir ninguno de aquellos rituales en nuestros días. Los judaizantes llevan a los hombres a practicar fiestas, hacer sacrificios, los

involucran en todo tipo de rituales que no tienen valor para nosotros, pues todo se cumplió en Cristo, y ¡gracias a Dios! Él nos hizo libres de cualquier necesidad de repetir estas viejas prácticas.

Muertos a la Ley

En el capítulo 7 de la Epístola a los Romanos, Pablo hace la analogía del matrimonio, y empieza demostrando que tenía sentido común que una relación conyugal fuera regida por una ley, la ley del matrimonio. Cualquier persona en el mundo sabe que un contrato de matrimonio establece obligaciones y beneficios de ambas partes, y que un contrato como ese solamente termina con la muerte de uno de los cónyuges. Cada uno de los dos está ligado al otro mientras esté vivo. Sólo si uno de los dos muere, entonces el otro queda libre para casarse: *“Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido.”* (Ro. 7:2). Entonces él aplica esa figura a nosotros. En esta figura tenemos dos maridos: la Ley y Cristo. Y nosotros somos la esposa en ambos casos. Estábamos casados con la Ley e, infelizmente, por causa del pecado, en lugar de dar frutos resultantes de este matrimonio, la única cosa que producíamos era muerte, obras muertas. El problema no era la Ley, era nuestra naturaleza caída. Se hizo necesario que algo fuera hecho.

Ahora en Cristo, en la Nueva Alianza, estamos muertos a la Ley. Volver al viejo marido, sería una apostasía, sería abandonar a Cristo. Si no comprendemos bien el objetivo del Antiguo Pacto, corremos el peligro de ponernos bajo

cosas que no tienen más validez, abandonando así la fe y retrocediendo.

¿Cuándo morimos a la Ley? Pablo dice que morimos para la Ley por medio del cuerpo de Cristo, o sea, cuando Cristo murió, morimos con Él, fuimos unidos a Él y la experiencia de Él se volvió la nuestra. Si morimos con Cristo, ahora estamos libres de esta alianza con la Ley, estamos libres de este viejo marido. Y ahora pertenecemos a un nuevo marido, Cristo, para dar frutos para Dios (Ro. 7:4).

Ahora en Cristo, liberados del antiguo marido, servimos en novedad de vida por medio de esta nueva vida, y no en la caducidad de la letra. En oposición a la letra está el Espíritu. En oposición a los mandamientos exteriores está el poder del Espíritu y de la nueva vida que recibimos en el interior. Ahora somos capaces de fructificar para Dios, manifestar el fruto del Espíritu; las varias características de Cristo se expresan a través de nosotros (v. 6).

Querido lector, nunca permita ser puesto bajo este viejo yugo. Cristo le fue dado a usted, Él es su nuevo Marido, usted no está más bajo el régimen de la Ley. ¡Avance! No deje que nadie le engañe. Permanezca firme bajo la gracia de Dios y viva una vida para Él.

La Nueva Alianza es superior

Ya vimos que en la Nueva Alianza las Leyes de Dios fueron impresas en nuestra mente y corazón. Además, recibimos la capacidad y el poder para cumplirlas. La Nueva Alianza es

superior a la Antigua porque ella es escrita por el Espíritu Santo en los corazones, transmite vida y justicia, dando el poder para obedecer los mandamientos de Dios.

La Nueva Alianza es superior en gloria. En la Antigua Alianza había gloria. Nos es dicho en 2 Corintios 3:7 que la Antigua Alianza fue revestida de gloria, al punto de que los hijos de Israel, por causa de sus pecados, pidieron que Moisés cubriera su rostro con un velo. La gloria de la Antigua Alianza era temporal y transitoria; la Nueva Alianza la supera por mucho en gloria. La Nueva Alianza trae vida y confianza delante de Dios, excediendo en gloria a aquello que era temporal, pues prepara al hombre para vivir eternamente en la Gloria Celestial, diferente de la Antigua Alianza que sólo traía juicio y muerte a los hombres.

La Nueva Alianza también es superior en finalidad, en objetivo. Ella trajo el significado real de las cosas, la forma final de entendimiento. El Nuevo Testamento trajo la revelación plena de Dios: “...leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu...” (Ef. 3:4-5). La revelación de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento es la revelación plena y total de Dios para el hombre. Lleva al hombre a la verdad, al cumplimiento de todas las cosas y a la salvación. La Antigua Alianza era apenas la sombra de lo venidero (He. 10:1); ahora estando en la realidad, en Cristo, la misma Antigua Alianza toma su verdadero cumplimiento.

Consideraciones finales

Habiendo observado las diferencias que existen entre el Antiguo y el Nuevo Pacto, debemos estar atentos para no sustituir algo de mayor poder, gloria y finalidad, por aquello que ya se desvaneció, aquello que, aun teniendo su propósito y plazo establecido, ya no está en vigor. Esto es volver a edificar aquello que ya había destruido, haciéndose transgresor (Gá. 2:18).

Que Dios pueda llevarnos a un equilibrio en lo que se refiere a la vida cristiana. Que cada uno de nosotros pueda manejar bien la Palabra de verdad, investigando y entendiendo el significado de cada cosa, percibiendo, con mucha lucidez y equilibrio, las cuestiones transitorias y las permanentes.

Oramos para ver una generación de cristianos que estén involucrados con Dios de manera viva, y que estén dispuestos a vivir la verdad y morir por ella, siendo fieles defensores del Evangelio Eterno. ¡La gracia del Señor Jesucristo sea con su espíritu! ¡Amén!

Marcelo Vieira

.....

“Nadie puede hacer tanto daño a la iglesia de Dios como el hombre que está dentro de sus paredes, pero no dentro de su vida.”

Charles Spurgeon

LA LEY COMO INSTRUMENTO PARA MOSTRAR EL PECADO Y LLEVARNOSA CRISTO

“Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa...”

(Gá. 3:19)

La Ley fue dada por Dios como un instrumento para mostrar al hombre su pecaminosidad, a fin de señalar a Cristo como el único que puede librarlo. Sin embargo, siempre ha habido quienes procuran justificarse a sí mismos por medio de la Ley, ignorando así su verdadero propósito; ellos, queriendo vivir conforme a la Ley, desprecian la obra de Cristo y su Evangelio, queriendo agregar su propia justicia, la cual la misma Ley evidencia como vana. Los hombres, mientras más justos procuran ser por ellos mismos, más culpables y miserables se vuelven delante de Dios.

Pablo, en su epístola a los Romanos, capítulo 7, desde el versículo 7, va a responder a aquellos que lo malinterpretaron, y decían que él enseñaba que la Ley es algo pecaminoso, pues en el pensamiento judío, la Ley va vinculada a la justificación por su cumplimiento, de manera que el cumplimiento de la Ley era lo que liberaba al hombre del pecado, entendiendo así que Pablo estaba diciendo que la libertad del pecado era libertad para pecar. El apóstol rechaza este argumento con

esta enfática frase: “*En ninguna manera.*” Después de dejar por escrita su respuesta, presenta algunos de los propósitos de la Ley:

- 1) La Ley revela la pecaminosidad del ser humano.
- 2) La Ley, al revelar nuestra verdadera condición, nos guía hacia Cristo.

La Ley lleva al conocimiento del pecado por experiencia

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? *En ninguna manera.* Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: *No codiciarás.*” (Ro. 7:7). El apóstol dice que el conocimiento de la prohibición divina registrada en la Ley: “*No codiciarás...*” (Ex. 20:17), generó el deseo de la vieja naturaleza que seduce y arrastra a la práctica del pecado (Stg. 1:14). Pablo está diciendo que el pecado tiene poder en la vida del hombre porque la Ley determina la realidad de su presencia y sus consecuencias. La *codicia* fue conocida experimentalmente ante la prohibición de la Ley. Vemos, pues, que la Ley es el medio por el cual la conciencia se despierta a la realidad del pecado, pero no le da solución, solamente lo denuncia. Y por ese conocimiento de la Ley, Pablo comprendió el hecho de que estaba muerto, muerto en el sentido de fracasar, sin esperanza de poder cumplir las demandas espirituales de Dios, porque la Ley lo acusaba como pecador. De allí que es una insensatez procurar justificarnos por la Ley; ésta sólo puede mostrarnos el problema, pero no puede hacernos justos o aceptos ante Dios.

La Ley nos muestra la enfermedad, pero no tiene la capacidad de curarnos.

La Ley es santa, justa y buena; el hombre no

“*De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.*” (Ro. 7:12). En continuidad, y para dar respuesta a las preguntas sobre la Ley, Pablo, en el verso 12, utiliza la expresión: “*De manera que...*”, lo cual está indicando el resultado. Aquí el apóstol quiere dejar claro cuál es su convicción en relación a la Ley: “Es santa, justa y buena”. Es santa porque se relaciona con su autor Divino ¡Santo! Apartado del mal. Justa, implicando algo que es recto. Y buena, hace referencia al propósito de la Ley.

En el verso 13, Pablo retoma la objeción presentada en el verso 7: “*¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.*” Dios entregó Su Ley como ministerio de gracia para indicar al hombre su condición pecadora y proveerle el deseo de salvación mediante la fe en la justicia de Dios por medio de Jesucristo. Nunca la Ley trajo la muerte; la muerte la trajo el pecado.

Por esta causa el apóstol, para afirmar la naturaleza de la Ley, escribe: “*Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.*” (v.14). La Ley es de origen sobrenatural, en la cual Dios manifiesta su carácter, y esta Ley es espiritual. Dios la dio a Moisés por mediación de ángeles.

Contrastando este principio, Pablo dice que él y todos los hombres están hechos de carne y, por lo tanto, carentes de poder y esclavos en su condición de “vendidos al pecado”. Esto nos muestra que el pecador está dominado por el poder del pecado, y sólo la intervención sobrenatural del Espíritu Santo lo puede liberar de esa condición.

La Ley entonces sirvió para que conociéramos la realidad de nuestra verdadera condición pecaminosa, denunciando nuestra naturaleza corrompida. Es a través de la luz de la Ley que el hombre es consciente de que es pecador, por eso Pablo llega a exclamar: “*¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (v.24). La Ley entonces cumple su función en nuestras vidas al hacernos reconocer nuestra maldad, de tal manera que podamos clamar por salvación y vida, y éstas sólo se encuentran en Cristo, el Hijo del Dios viviente (Jn. 1:4; 1 Jn. 1:2).

Concluimos, pues, que la Ley tiene como fin y objetivo llevarnos a Aquel que nos puede dar vida. La Ley no fue dada para justificarnos, no tenía ese propósito; su propósito era revelar al hombre su condición (muerto en delitos y pecados), su incapacidad para obedecer a Dios, y la enemistad con Dios que el pecado causaba. Cuando la Ley cumple ese objetivo, el siguiente paso es señalarnos el camino de vida, el camino de la reconciliación con Dios, el camino de nuestra justificación en Cristo.

Prisioneros en la Ley

“*Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada.*” (Gá. 3:23). El apóstol nos enseñó el verdadero propósito de la Ley. En esta misma epístola, capítulo 3, verso 19, Pablo se hace eco de una supuesta pregunta que procedería de los judaizantes: Si la Ley fue dada por Dios, y no sirve para alcanzar la justificación, entonces ¿para qué fue dada? El apóstol responde decididamente que fue dada temporalmente hasta *que viniera la descendencia que había sido prometida*. La Ley fue introducida para definir, manifestar las transgresiones y exhibir la actitud rebelde del pecador, que por naturaleza se opone a Dios. Esta Ley es temporal, porque fue dada *hasta que viniera la simiente*; esto no quiere decir que la Ley no siga llevando el corazón de los hombres a Cristo; ¡Sí, lo sigue haciendo! Dios introduce la Ley para que el pecador tuviese clara conciencia de la gravedad de su situación, descubriendo su verdadera situación delante de Dios y guiándolo a la búsqueda del perdón en Él. De modo que la misión de la Ley concluye con la entrada de la gracia manifestada en Cristo. Esta obra de la Ley es una manifestación más de la gracia de Dios, porque ante la realidad del pecado y la incapacidad del hombre de alcanzar por sí mismo una vía de justificación, la Ley lo guía, como lo haría un ayo con un niño, a Cristo el Salvador, en quien está la justicia de Dios, la cual justifica al impío.

Volviendo al tema de estar encerrados, el verso 22 cita: “*Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado (bajo su poder), para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.*” La Ley encierra a todo hombre bajo pecado. La

forma verbal de la palabra *encerró*, indica la idea de cerrar por todos lados, sin posibilidad de salida. Pablo, en el libro de Romanos, lo explica de otra manera: “¿*Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado.*” (3:9). La Ley ha encerrado a los hombres como prisioneros, condenados por sus pecados, para que la justificación por el Evangelio se ofreciera a los que creen. La promesa hecha por Dios es el único camino de liberación a aquellos pecadores que están encerrados por la Ley. Esta promesa se basa en la fe en Cristo.

En el verso 23 de Gálatas 3, el apóstol hace referencia a un determinado tiempo que aquí llama *la fe*. Ese tiempo es la manifestación de Jesucristo y la proclamación del mensaje del Evangelio. Antes de ese tiempo, estábamos custodiados y encerrados bajo la Ley, la cual tenía a los hombres encerrados, como el encierro de ovejas en un redil. El propósito del encierro es claro: esperar a que esa fe fuera dada a conocer. La prisión mantenía a los hombres encerrados, pero toda prisión tiene un término, una finalización; ésta es la aparición de la obra de Jesucristo. Por ello, procurar la justicia por medio de la Ley es amar más la cárcel que la libertad, es rechazar la única salida del encierro en que Dios puso al hombre por medio de la Ley (para esperanza). La era de la gracia ya estaba profetizada en la Ley, y contenía la promesa que Dios le había hecho a Abraham. La era que cumple esa promesa es la fe revelada en el Evangelio, y manifiesta la justicia de Dios a través de la obra de la cruz de Cristo, por la cual los hombres pueden salir de la custodia.

La Ley: Nuestro pedagogo para llevarnos a Cristo

“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.” (Gá. 3:24). Pablo pasa a mostrar la inferioridad de la Ley en relación con la promesa, inferioridad en el sentido de que la Ley no tenía como fin justificar por ella, sino sólo mostrarnos el camino para ser justificados. Para ejemplificar la inferioridad de la Ley ante la fe, presenta una figura de lenguaje muy conocida en el entorno de sus lectores originales: el pedagogo. La palabra griega para *ayo* es pedagogo; éste era un esclavo de confianza en los hogares romanos y griegos adinerados, quien se encargaba de los hijos de sus amos de edades entre 6 y 16 años. Actuaban como guardianes, cuidándolos y disciplinándolos. Tenían una supervisión general sobre ellos, siendo responsables por su bienestar moral y físico. Parte de su trabajo era vigilarlos en el hogar y llevarlos a las clases en las escuelas. Entendido así el pedagogo, podemos relacionarlo apropiadamente con “confinados” y “encerrados” (Gá. 3:23). Con esta figura vemos que el pedagogo cumple su función especial. Cuando el niño crecía ya no necesitaba del pedagogo. Miremos este ejemplo del traje de astronauta; este traje sólo tiene un uso especial, en el espacio. Después que el astronauta va al espacio y vuelve a la Tierra, el traje ya no tiene más uso, el uso adecuado es en el espacio. De la misma manera, el pedagogo tiene su función, pero Cristo ya vino, y la Ley ya cumplió su función. La Ley, cual pedagogo, nos vigiló hasta que llegamos a Cristo, y cuando llegamos a Cristo somos justificados por la fe; éste era el gran y último propósito de la Ley como pedagogo.

Concluyendo, vemos que la Ley haría las funciones de pedagogo hasta el momento de la manifestación de Cristo. La Ley aún hoy orienta, y lo hará siempre, evidenciando el pecado y la incapacidad del hombre para superarlo, guiándolo hacia la única solución para alcanzar la justificación que es en Cristo. Los que procuran seguir bajo el pedagogo, que es la Ley, para justificarse, rechazan el propósito de la Ley que los guía a Cristo; pero estando ya con Cristo no tenemos necesidad de pedagogo.

Ya no estamos bajo el pedagogo

En el verso siguiente, el apóstol concluye lo relacionado con el pedagogo: “*Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo...*” (Gá. 3:25). El pedagogo queda despedido. Ahora estamos en la Casa de Dios y en la escuela del Maestro. Cuando entramos en la fe por la obra de Cristo, quedamos libres del custodio. Pablo utiliza este otro argumento contra el argumento de los judaizantes. La persona que ha entrado a la fe por la obra de Cristo ya no necesita la guía de la Ley. Aquellos que creen en Cristo llegan a la mayoría de edad, son declarados hijos adultos, por tanto, no necesitan del cuidado y control del pedagogo, o sea, de la Ley.

Al estar en Cristo, entramos a una era donde la dirección y guía ya son del Espíritu Santo. Por ello, el apóstol, en el capítulo 7 de Romanos, nos muestra que la unión con Cristo nos ha librado del poder de la Ley, para que sirvamos a Dios por el poder del Espíritu. Y en el Espíritu cumplimos las demandas de Dios: una vida consagrada, piadosa, en libertad y santidad. La Ley fue dada como ministerio de gracia para

indicar al hombre su condición pecadora, y guiarlo al deseo genuino de la salvación mediante la fe en la justicia de Dios por medio de Jesucristo.

La Ley entonces fue dada para:

- a. Dar una cuidadosa definición del pecado.
- b. Revelar las justas demandas de Dios.
- c. Guiarnos a la justificación por medio de la fe en Cristo Jesús.

Conclusiones prácticas

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma...” (Sal. 19:7). Puesto que la Ley fue dada para mostrar al hombre su condición de pecado, podemos hacer un uso legítimo de ella para esto mismo. Cuando predicamos el Evangelio, la Ley es nuestra gran aliada. El hombre, que es un enemigo de Dios, muchas veces ha bloqueado su conciencia con mentiras para no hacer frente a las exigencias de Dios, para así no sentirse acusado ni condenado. Por ello, podemos usar la Ley legítimamente para mostrar a los hombres su verdadera condición delante de Dios, para volver el alma del hombre a fin de que reciba el Evangelio de la gracia de Dios. Como dice Pablo: *“Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina, según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a*

mí me ha sido encomendado.” (1Ti. 1:8-11). La Ley fue dada para los transgresores, para los desobedientes y los que cometen toda clase de pecados, y para todos aquellos que se oponen al Evangelio y a la sana doctrina de Dios. Podemos usar la Ley de forma legítima para todos aquellos que se oponen al Evangelio, a fin de que, confrontados con sus pecados, vean que el único que les puede librar es Jesucristo.

Sólo en Cristo

A la verdad la Ley tiene su uso legítimo como el instrumento de Dios para guiarnos a Cristo. Usarla con otro fin no es sólo no entenderla, sino que es atentar contra su propio propósito. Muchos de los que hoy se autonombran como grandes maestros de la Ley (judaizantes) no la conocen; la usan para su destrucción y la de otros. No entienden su significado y engañan a los demás. Procuran justificar al hombre delante de Dios por medio de tratar de guardar la Ley, pero esto sólo conduce al hombre a una mayor y más profunda desesperación, perpetuando su miserable incapacidad de agradar a Dios, y conduciéndolo cada vez más a ser un doble hijo del infierno.

Todos aquellos que quieren agradar a Dios por medio de la Ley, no han comprendido realmente la Ley y su propósito; mas todos aquellos que hemos sido denunciados por la Ley, hemos sido libres del engaño de la justicia propia, para poder ver a Cristo como nuestro único Salvador, y Su obra en la Cruz como el único camino para justificarnos delante de Dios. Ahora descansamos en la promesa hecha por medio de

la fe, disfrutando así de las riquezas de la salvación, y de la vida abundante que sólo es en Cristo Jesús, nuestra justicia.

Jhair Díaz y Alberto Rabinovici

.....

Una religión sin Cristo

Cuidado con cualquier cambio que no sea conversión, con cualquier reforma que los deja sin Cristo; con cualquier religión, por más refinada y hermosa, que no enseña acerca del Espíritu Santo, y que no los transforma a la imagen del propio Hijo de Dios. Si se conforman ustedes con cualquier cosa menos que esto, no están haciendo más que endurecer sus corazones, cauterizar y anular sus conciencias; haciéndose más y más insensibles al poder de las cosas divinas quedando en un estado que no solo excluirá a Dios y repelará al Espíritu Santo, sino que invitará a Satanás y a sus legiones de tinieblas a volver a sus almas abatidas, haciéndoles más que nunca doblemente hijos del infierno.

Horatius Bonar

“Tolerar los vicios de los ministros es promover la ruina de la iglesia. Porque, ¿qué vía más rápida hay para depravar y destruir a las personas que la depravación de sus líderes?”

Richard Baxter

- La llave del cielo -

“Un criado necio, a quien se manda abrir la puerta, pone su hombro contra la misma empujándola con todas sus fuerzas, pero la puerta no cede, no se mueve, y no puede entrar por mucho que se esfuerce. Otro viene con una llave, abre la puerta y entra con toda facilidad. Los que procuran salvarse por sus obras están empujando las puertas del cielo sin resultado alguno, pero la fe es la llave que abre la puerta inmediatamente.” Querido lector, ¿no quieres tú valerte de esta llave? El Señor te ordena creer en su Hijo amado, por lo tanto, puedes hacerlo, y haciéndolo vivirás.”

Anónimo

- El legalismo -

“El legalismo es un caldo mortal. Y un veneno extremadamente peligroso. Aquellos que se rinden a sus encantos se aplauden a sí mismos y se glorifican en la carne. Los que van por este camino, equivocadamente creen que necesitamos lograr el favor de Dios por las obras de la Ley. Así, anulan la obra de Cristo, pervierten la gracia de Dios y hacen burla del sacrificio expiatorio de Cristo.”

Hernandes Dias Lopes

“¿No hay Cristo en tu sermón, caballero? Entonces vete a casa y nunca prediques de nuevo hasta que tengas algo que valga la pena oír.”

Charles Spurgeon

EL CUMPLIMIENTO Y LA MAGNIFICACIÓN DE LA LEY EN CRISTO

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.”

(Mt. 5:17-18)

Cristo y la Ley

Nuestro Señor Jesucristo es el mayor ejemplo de fe y obediencia; siendo el Hijo de Dios se sometió a la Ley por causa del testimonio de Dios; Su advenimiento, nacimiento, ministerio, muerte y resurrección no se apartaron ni en un punto de todo aquello que ya había sido anunciado por Moisés y los profetas. Ahora, fácilmente se podría concluir, como muchos lo hacen equivocadamente, que se debe vivir conforme a la Ley, siguiendo el ejemplo del Señor. Este tipo de pensamiento, sumado al gran desconocimiento acerca de este asunto en nuestros días, ha creado un peligroso caldo de cultivo que da lugar a un sinnúmero de movimientos que buscan llevar al creyente a vivir bajo prácticas judaizantes, poniendo en ellas su confianza, y no en el Señor. Es por esta razón que es de gran relevancia tener una mayor comprensión de lo que es la Ley: sus divisiones, sus implicaciones, su vigencia y su trascendencia.

La Ley y sus divisiones

Leyendo las Escrituras encontraremos continuamente la palabra Ley. Para muchos esta palabra, sin importar en cuál libro o contexto de la Biblia se encuentre, podría significar lo mismo, es decir, para ellos los Diez Mandamientos, las ordenanzas de Dios a Israel, todos los mandamientos que se encuentran en la Biblia, hasta incluso tradiciones orales y culturales posteriores. Esto ha causado mucha confusión, especialmente en aquellos que se acercan buscando a Dios, nuevos creyentes e incluso en creyentes de años que carecen de buenas bases doctrinales, por lo cual conocer las divisiones de la Ley en las Escrituras nos dará una mayor claridad en este aspecto.

Mientras que la palabra ley en griego, ‘nomos’, suele ser la más utilizada en el Nuevo Testamento para hablar de la Ley de Dios o ley en general, en hebreo es la palabra ‘Tora’, la que hace normalmente referencia al Pentateuco, que son los primeros cinco libros de la Biblia. Pero una mirada más precisa nos hará notar que la Ley en el Antiguo Testamento cubría diferentes ámbitos de la vida del pueblo de Dios: La ley moral, la ley civil/judicial y la ley ceremonial, todas dadas por Dios con distintas implicaciones:

La ley moral

Las leyes morales se refieren a la justicia y el juicio, y a menudo se traducen como ‘ordenanzas’. La ley moral refleja la naturaleza y el carácter Santo de Dios. Sus ordenanzas son justas, inmutables y santas; éstas no sólo dan testimonio del

carácter Santo de Dios, sino que promueven el bienestar de todos los que las obedecen. Esta ley está escrita en el corazón de cada hombre, dándoles testimonio a su conciencia de lo que es moralmente bueno o malo (Ro. 2:15). La ley moral fue dada en forma escrita al pueblo de Israel en el monte Sinaí para asuntos como la reglamentación de la justicia, el respeto, la conducta sexual, la protección de la vida y la propiedad. La ley moral no tiene poder para salvar a las personas, no puede hacerlas justas, ni librarlas de su condición de esclavitud al pecado, más bien, a manera de lámpara, ilumina al hombre para que sea consciente de su pecado (Ro. 7:7) y sepa de su justa condenación por causa de su rebelión (Ro. 2:2). Sin embargo, es claro que el aspecto moral de la ley y su santidad son inmutables, ya que pertenecen al carácter de Dios, y Dios no cambia. Entonces los aspectos que se refieren a la moralidad y santidad de Dios siguen estando vigentes como la norma de santidad que deberían vivir aquellos que son considerados su pueblo. Ahora el creyente sigue entendiendo que matar, robar, mentir y todos aquellos aspectos que tienen que ver con la justicia y santidad de Dios siguen vigentes en el Nuevo Pacto.

La ley civil/judicial

La ley civil tenía una función muy importante en medio del pueblo de Israel; tenía que ver con asuntos civiles y enraizados en la cultura de la época. Estas leyes civiles regulaban la esclavitud (Ex. 21:1-11), leyes sobre el asesinato, la responsabilidad de los animales que son propiedad y los daños que éstos puedan producir, restitución de bienes (Ex. 21:12-36) y salud (Dt. 23:13). En el pueblo de Israel las leyes

morales y civiles solían ser practicadas juntas dada la teocracia en que se vivía, siendo así que los Diez Mandamientos eran parte de las leyes de la nación. En nuestro tiempo, la ley civil varía según cada nación, y aunque sus principios siguen vigentes en cuanto a justicia, orden, preservación de la vida y libertad del hombre, no son aplicables en la misma manera en que las aplicaba Israel. Definitivamente, no podemos dudar de la sabiduría que había dado Dios a esta nación, ya que Él era su Rey, y Su Palabra regulaba todos los aspectos de la vida civil. Las naciones cristianas que han prosperado y se han hecho poderosas, como es el caso de algunas naciones europeas y los Estados Unidos de América, han aprendido de los mandamientos de la ley civil dada a Israel y los han aplicado a sus constituciones, cumpliendo así lo dicho por el salmista: *“Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová...”* (Sal. 33:12).

La ley ceremonial

La ley ceremonial era aquella que trataba con todos los asuntos que tienen que ver con la adoración a Dios y el culto terrenal ofrecido a Él. La ley ceremonial incluía asuntos que tenían que ver con el aspecto ritual, fiestas y conmemoraciones santas: el sacerdocio y su vestimenta; leyes de pureza ritual, sacrificios y el servicio en el tabernáculo y posteriormente, en el templo. Estas eran concernientes a la adoración y expiación por los pecados cometidos. Las festividades de la nación de Israel eran con el fin de preservar la memoria de las grandes obras y maravillas de Dios. Todos estos aspectos ceremoniales eran una figura y sombra que apuntaban a Jesucristo y a Su obra salvadora. El shabat (sábado o día de reposo), la circuncisión, la Pascua y la redención de

los primogénitos, entre otras. La ley ceremonial con todos sus rituales, sacrificios y fiestas, venía a ser una manera ilustrativa de la obra salvadora de nuestro Señor Jesucristo. Esta ley era transitoria y apuntaba hacia el futuro y la obra de Cristo. Allí es donde más controversia hay en nuestros días, ya que hay distintos grupos de judaizantes que, no entendiendo el verdadero significado de la ley ceremonial, caen en prácticas que eran parte de la sombra y que apuntaban al futuro; prácticas que ya estando en la realidad se vuelven innecesarias, y que la Biblia nos advierte del peligro de volver a ellas. La Epístola a los Hebreos es una solemne advertencia a unos cristianos judíos que, habiendo conocido la verdad del Evangelio, estaban volviendo a los rituales del pasado, y en su conducta reprochable estaban pisoteando al Hijo de Dios y teniendo por inmunda la Sangre del Pacto, además de hacer afrenta al Espíritu de gracia (He. 10:29).

Cristo cumplió toda la Ley

El Señor Jesucristo cumplió toda la Ley; en lo moral, dice la Biblia que fue tentado en todo, pero no pecó (He. 4:15); en lo civil, se sometió en todo a las autoridades, incluso pagando el impuesto del templo (Mt. 17:24-27) y enseñando a dar al gobierno lo que es del gobierno (Mt. 22:21), y aun sometándose a ser arrestado y juzgado injustamente. En cuanto a la ley ceremonial, Cristo es el cumplimiento de toda ella. *“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.”* (Lc. 24:44). Él es el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo, de quien Dios el Padre dio testimonio: *“...Este es mi Hijo amado,*

en quien tengo complacencia.” (Mt. 3:17). Y aunque los fariseos procuraban ponerle a prueba y le acusaron de transgredir la Ley de Dios (Mt. 12:9-14), Él los reprendió duramente, porque eran ellos los que habían dejado la Ley de Dios por seguir tradiciones de hombres (Mt. 15:9). Realmente, nadie ha cumplido toda la Ley en todos sus aspectos, fuera de nuestro Señor Jesucristo.

¿En qué sentido Cristo cumplió la Ley?

1. La cumplió personalmente por su impecable e insuperable justicia y por su constante obediencia en todos los mandamientos hasta la muerte de cruz (Fil. 2:8). Naciendo como judío, estaba sujeto a todos los mandamientos de la Ley de Dios, y sólo Él los cumplió todos cabalmente: *“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.”* (Gá. 4:4-5). Nuestro Señor nació bajo la Ley, y se sujetó a ella para poder redimir a todos los que estábamos bajo la Ley, pero ahora nosotros los que creemos en Él ya no estamos bajo la Ley, sino en la gracia de Dios que es en Cristo Jesús, quien cumplió toda la Ley y nunca pecó (Ro. 8:3; He. 4:15). Ahora el creyente ha nacido de nuevo y se encuentra en la gracia de Dios, ya no más bajo la Ley. Cristo llevó el yugo para libertarnos de él. Cristo cumplió la Ley por nosotros para librarnos de ella e introducirnos al Nuevo Pacto por medio de la fe en Él.

2. El Señor Jesús cumplió la Ley por su muerte expiatoria en la cruz por nuestros pecados: *“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que*

resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras...” (1 Co.15:3-4). Nuestro Señor Jesucristo, sin haber pecado, tomó sobre Sí mismo los pecados de todos aquellos que estaban bajo la condenación de la Ley, y en lugar de ellos llevó su castigo recibiendo la pena más alta, que es la muerte (Is. 53:4-6). La justicia de Dios demandada por la Ley fue satisfecha para que la culpa por el pecado fuera expiada, y el pecador que ponga su fe en Cristo sea perdonado completa y gratuitamente, sin que Dios tuviera que ir en contra de Su justicia; por lo cual el cristiano ya no es condenado cuando no guarda la Ley para ser justificado delante de Dios, ya que esto es solamente por la fe en Jesucristo. Esto invalida todo intento humano de justificarse por el obrar o por guardar la Ley. Ya el cristiano no tiene que ofrecer sacrificios por el pecado como demandaba la Ley, porque Cristo “...*con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.*” (He. 10:14). Ya el cristiano no tiene que celebrar fiestas “...*porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.*” (1 Co. 5:7). El cristiano no tiene que celebrar el shabat, porque “...*los que hemos creído entramos en el reposo...*” (He. 4:3). Así que podemos decir confiadamente que todo lo que se demandaba en la ley ceremonial y ritual, Cristo lo cumplió en Su obra expiatoria para que ahora podamos celebrar Su victoria y el perdón de pecados. El pensar que algunos aspectos rituales deban seguirse practicando hoy en día es negar la eficacia y la plenitud de la obra de Cristo.

3. Cristo cumplió la Ley manifestando en Sí mismo todas las profecías anticipadas por la Ley referentes al Salvador prometido y Mesías anunciado de antemano en las Escrituras: “*Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien*

escribió Moisés en la Ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret.” (Jn. 1:45). La fe en Cristo para salvación confirma toda la revelación de la Ley en todos los asuntos para lo cual fue dada; *“porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.”* (Ro. 10:4). Realmente, los cristianos son los únicos que han entendido verdaderamente el objetivo de la Ley, pues todos los sacrificios, todos los simbolismos, todas las figuras, como profecías, se cumplieron en Cristo Jesús.

Intentar perpetuar la observancia de rituales, ceremonias, sacrificios u ofrendas para cumplir la Ley, siendo que en Cristo todas estas figuras encontraron ya su cumplimiento, es una absoluta necedad y una ignorancia del objetivo real de la Ley. Cuando Cristo dijo que Él venía a cumplir la Ley, estaba apuntando a Sí mismo como el cumplimiento y fin verdadero de la Ley. No lo estaba diciendo como modelo para que ahora nosotros procuráramos cumplirla como Él. Pablo explica claramente esto: *“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo...”* (Gá. 3:24-25). La Ley nos llevaba a Cristo como su verdadero cumplimiento, mas habiendo venido Él, ya no estamos bajo la Ley. Esta es una solemne referencia a la libertad de la Ley que Cristo nos trajo.

Cristo magnifica la Ley

El Señor Jesucristo no sólo cumplió toda la Ley en Sí mismo, sino que la magnificó, llevándola más allá de la letra y las acciones hasta juzgar las mismas intenciones del corazón. *“Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla.”* (Is.42:21). Este es el caso del adulterio,

cuando ya no sólo cometer el acto es pecado, sino que será culpable de adulterio incluso aquel que con sólo la intención codicie otra mujer (Mt. 5:27-30); o el homicidio, que no sólo es quitar la vida al prójimo, sino que incluso el enojarse de manera desmedida con él, es contado como asesinato, y el insultarlo como digno del mismo infierno (Mt. 5:21-26). Moisés dio mandamientos que eran limitados y restringidos por la dureza y maldad del hombre. Pero ahora Cristo, habiendo resucitado y enviado Su Espíritu, ayuda a cada uno de sus hijos. Él mismo les capacita para vivir una vida extraordinariamente superior a la justicia de la Ley, y magnificar así la justicia moral y santa de la Ley resumida en el amar a Dios y al prójimo con todas sus implicaciones.

Este engrandecimiento de la Ley moral se debía a que aquellos que la habían recibido, al principio sólo podrían aplicarla de forma externa por causa de su condición, pero les era imposible cumplirla cabalmente (Ro. 8:3). Pero ahora en Cristo, la Ley es magnificada y engrandecida a un punto donde la carne no puede llegar, y lo externo no puede excluir lo interno. Ahora en Cristo, el creyente ya no tiene necesidad de procurar cumplir la Ley para justificarse, ya que la debilidad de la carne hizo imposible esto; así que Dios envió a Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, quien sí la cumplió cabalmente; *“para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”* (Ro. 8:4). Gracias a ello la Ley es ahora vida en el creyente por medio del Espíritu de Dios y ya no es más un compendio de ordenanzas que él debe intentar cumplir, fracasando una y otra vez, sino que ahora el Espíritu que habita en el creyente lo capacita para vivir la Ley (en su aspecto moral), no sólo

como fue escrita, sino magnificada, y no como un medio para justificarse delante de Dios, pues ya no estamos bajo la Ley, sino en la gracia de Dios por medio de Jesucristo y motivados por el amor a Él.

Cristo como Dios es Señor de la Ley, y sólo Él pudo darle su verdadero lugar y profundidad delante de los hombres, que se quedaban en un entendimiento velado de ella, ya que, aunque el pueblo había recibido la Ley, nunca pudo guardarla; ya que la Ley demandaba que se cumpliera íntegramente (Gá. 5:3), cosa que sólo Cristo ha hecho, y no sólo la guardó, sino que puso el estándar aún más alto, volviendo vano el intento, en nuestros días, de quienes procuran que el cristiano vuelva a vivir bajo las leyes externas de la Ley para agradar a Dios.

La perpetuidad de la Ley

Aún con todo lo anteriormente expuesto no queremos dejar de tocar el argumento judaizante de la perpetuidad de la Ley; los que dicen, como la Biblia enseña, que el día de reposo, la circuncisión, las festividades y otras leyes deben guardarse y observarse de manera perpetua, éstas deben seguir siendo guardadas hoy en día por los creyentes, ignorando que en Cristo se cumple toda la Ley; “*porque el fin de la ley es Cristo...*” (Ro. 10:4), no sólo ignoran el cumplimiento de la Ley en Cristo, sino que también en Él, ella continúa su cumplimiento, siendo magnificada en Cristo. Ejemplo de ello es el caso del día de reposo, donde los judaizantes insisten en su perpetuidad para nuestros días; mas ahora, para el cristiano el día de reposo sigue vigente

en Cristo, siendo Él mismo nuestro reposo. En números 15, un hombre fue encontrado recogiendo leña en el día de reposo, ignorando el claro mandato de Dios de no trabajar; esta transgresión fue un pecado adrede, efectuado a pleno día, un claro desafío a la autoridad divina. *“Y Jehová dijo a Moisés: Irremisiblemente muera aquel hombre...”* (Nm.15:35). Así se hará con aquel que rechace la provisión del reposo de Dios en Cristo. El que pone su fe en Cristo ha descansado de sus obras (He. 4:10), así como Dios de las suyas, pero el que endurece su corazón queriendo justificarse delante de Dios por las obras, y enseñando a otros que si no lo hacen transgreden la Ley de Dios, ha rechazado el único reposo provisto por Dios, que es en Su Hijo Jesucristo. Lo mismo pasa con la circuncisión, la cual sin duda sigue vigente, pero ya no en la carne de manera externa: *“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.”* (Fil. 3:3). Siendo ahora la circuncisión perpetua, la del corazón, hecha por el Espíritu de Dios en el creyente, mediante la fe en Cristo, no aprovecha ya para nada la circuncisión en la carne. En cuanto a las festividades, Cristo es el cumplimiento de cada una de ellas, nuestra verdadera Pascua sacrificada (1 Co. 5:7); Pentecostés, Su glorificación en los Cielos, por la cual envió Su Santo Espíritu a la Iglesia (Hch. 2), y la verdadera expiación del día solemne (He. 2:17;9:26), siendo éstos sólo algunos ejemplos, podemos estar seguros de que Cristo es el perpetuo cumplimiento de las promesas de Dios y Su Ley. Y todos aquellos que en Él nos encontramos participamos de esta misma perpetuidad ahora en una vida en unión a Él. De esta manera, la perpetuidad de la Ley es vigente en Cristo y en todos los que han confiado en Él.

Conclusión

Concluimos, pues, que la Ley fue sin duda confirmada por nuestro Señor Jesucristo, quien no sólo cumplió en Sí mismo toda la Ley y la magnificó, lo que ningún otro habría podido cumplir (Stg. 2:10), sino que ahora la hace vida en el creyente, ya no por medio de mandamientos expresados en letras, sino por una vida regenerada, que ya no depende de la Ley para justificación, sino del nuevo régimen del Espíritu, quien hace posible en nosotros la verdadera justicia de Dios, que no es por la Ley, sino por la fe en el Señor Jesucristo (Fil. 3:9). Ya no vivimos más en la sombra de la Ley, sino en la realidad gloriosa de los hijos de Dios que han entrado en el verdadero reposo perpetuo, y son la verdadera circuncisión, y viven la Ley y los mandamientos de Dios, no en el esfuerzo externo de la carne, sino en la Ley del Espíritu, quien nos ha librado de la Ley del pecado y de la muerte para servir a nuestro Dios (Ro. 8:1-2).

Alberto Rabinovici

.....

“La verdad vence el prejuicio con la simple luz de la demostración, y no hay mejor modo de hacer prevalecer una buena causa que darla a conocer de la manera más simple, común y exhaustiva que podamos; y es esta luz la que persuadirá a una mente que no está preparada. En el mejor de los casos, quien no sea capaz de comunicarla con claridad a otro demuestra que él mismo no ha asimilado bien el asunto.”

Richard Baxter

LOS CONCEPTOS EQUIVOCADOS DEL CRISTIANISMO JUDAIZANTE

Existe un movimiento judaizante con muchas facetas que ha perturbado a los cristianos en muchos lugares, que busca agregar al Evangelio prácticas de la Ley de Moisés, como si la gracia de Dios para la salvación no fuese suficiente. El surgimiento de este falso movimiento en el seno del cristianismo demuestra el analfabetismo bíblico y el cumplimiento de las Escrituras, en las cuales se nos advierte que algunos apostatarían de la fe. Pablo enfrentó a esta serpiente antigua, denunciando que la mezcla de la Ley con el Evangelio es un evangelio falso. Según las palabras de Pablo, tal falso evangelio es maldito, y aquellos que lo predicán caen bajo la maldición de Dios (Gá. 1:6-9). Simpatizar con estas líneas de pensamiento no es progreso, sino apostasía; es cometer los mismos errores de generaciones del pasado.

Vientos de doctrinas y costumbres judías

En los últimos treinta años, olas cada vez mayores de judaísmo han estado devastando al pueblo de Dios. Con el crecimiento de los movimientos neo-pentecostales y místicos, también han irrumpido y proliferado esos ministerios de interpretaciones más alegóricas y “proféticas”, en busca de lo sobrenatural a toda costa, la seducción por parte del judaísmo produjo el matrimonio entre el cristianismo y el judaísmo,

y el hijo de esa unión es un bastardo llamado cristianismo judaizante.

Los líderes cristianos se han asociado con las agencias de turismo y comenzaron a promover viajes a Israel con anuncios encantadores. Obviamente, el interés cultural en Israel es normal y saludable, pero la divinización de la tierra y de elementos de la cultura judía es paganismo. La búsqueda de experiencias divinas a través de la entronización de elementos del judaísmo se ha convertido en un sincretismo religioso judeocristiano, y es uno de los aspectos más sutiles de la apostasía en los últimos tiempos, como lo fue el gnosticismo en el primer siglo.

En el 2014, fue construido el Templo de Salomón en São Paulo, Brasil, como una solidificación de este movimiento. Este templo está destinado a ser la mayor atracción turística judeocristiana en Occidente, donde los cristianos de todo el mundo pueden afluir, como lo hacían los israelitas en sus peregrinaciones sagradas al Templo de Jerusalén en el Antiguo Testamento.

¿Serán estos movimientos actuales una nueva faceta del cristianismo contemporáneo? Para aquellos que buscan servir a Dios de acuerdo con la verdad que está en Jesús (Ef. 4:21), les queda claro que tales aberraciones deben ser consideradas como sectas dañinas.

La controvertida historia de un obrero

A mediados de la década de los 90, recibí una carta del querido hermano Gino Iafrancesco, la cual leí de inmediato. No mucho después, llegó a mi casa un obrero de otro estado, en compañía de su esposa. No tardé en saber que lo que ellos

estaban predicando en las iglesias eran las herejías blasfemas que abrazaban de los falsos maestros judaizantes, y precisamente de estos peligros me advertía la carta.

Este obrero incluso llegó a afirmar que varias partes del Nuevo Testamento están adulteradas, y que nadie que haya creído en Jesús era salvo, ya que Él es invención del enemigo, y que alguien podría salvarse sólo habiendo recibido al Yeshua de los judíos, el verdadero Mesías, y habiéndose bautizado en su nombre.

Finalmente, después de horas de tratar de persuadirlos de la verdad, les pedí enfáticamente que se fueran de nuestra casa, siguiendo las advertencias de la Palabra (2 Juan 1:7-11). ¿Cómo pudo este obrero haber sido atrapado hasta el punto de negar las verdades centrales de la fe cristiana y comenzar a blasfemar al Señor? Ahora, si un líder cristiano quedó atrapado en el engaño del judaísmo, ¿qué podemos esperar de los más sencillos? Desafortunadamente, la respuesta más plausible a este fenómeno es que se cumplieron en él las palabras de Pablo: *“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos, algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...”* (1 Ti. 4:1-2).

La batalla contra Jesús el Mesías

Oswald Sanders (escritor cristiano y conferencista mundial) dijo: “La mayoría de los errores tienen su origen en una visión errónea de la Persona de Cristo, y esto a su vez se refleja en una visión inadecuada o equivocada de la naturaleza de Su obra”. No reconocer a Jesús como el Mesías Prometido es el mayor error del judaísmo y la base de todas sus equi-

vocaciones. Del mismo modo, tratar de agregar la Ley y el judaísmo al Evangelio, como si la obra de Cristo en la cruz no fuera suficiente para la salvación del hombre y la nueva vida con Dios, es una afrenta aún mayor.

Lance Lambert, un obrero judeocristiano muy respetado, dijo: “Quiero resaltar el hecho de que Satanás tiene un odio ‘eterno’ y continuo contra Dios, contra el Señor Jesús y contra la Deidad. No importa dónde miremos en la Palabra de Dios, ahí se ve el odio “eterno” y continuo de Satanás”. Por lo tanto, a menos que reconozcamos la naturaleza del problema, que es una terrible batalla contra la persona del Señor Jesucristo, y Su perfecta obra de redención, nunca entenderemos el peligro real del legalismo judaizante y sus variadas facetas.

Ahora entremos a considerar algunos de los argumentos que usan estos grupos, y sus malas interpretaciones:

- Jesús no vino a derogar la Ley

Los judaizantes usan el pasaje en Mateo 5:17, donde Jesús declara: “*No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir*”, para tratar de convencer a los cristianos que tenemos que practicar la Ley. ¿Cuáles, de hecho, el verdadero significado de este pasaje en su contexto?

Según Luiz Sayão, maestro de la lengua, literatura y cultura judías, en el contexto del idioma griego, significa dar pleno significado, cumplimiento, a la Ley y a los profetas. Según él, “el verbo traducido para *cumplir* (plerosai) tiene el significado literal de *llenar*, e indica que Jesús no está revocando la Ley, sino que hace una declaración correcta de ella, y así la cumple.

Él rechaza la interpretación superficial y equivocada de la Ley por parte de los escribas, y la interpreta correctamente. El propósito no es cambiar la Ley, ni anularla, sino revelar la profundidad de su verdadero significado, viniendo Él mismo a cumplirla de manera perfecta, como ningún otro hombre lo ha hecho en la historia de la humanidad.

“Cristo estaba indicando que Él es el cumplimiento de la Ley en todos los aspectos. Cumplió la ley moral respetándola perfectamente. Cumplió la ley ceremonial al ser la encarnación de todo lo que los tipos y símbolos señalaban. Y cumplió la ley judicial personificando la justicia perfecta de Dios”. (John MacArthur).

El problema con los fariseos era que ellos no conocieron verdaderamente el significado ni el propósito de la Ley, y ante el cumplimiento perfecto de ella por parte de Jesucristo, prefirieron seguir las interpretaciones erróneas de la tradición rabínica, y aborrecer a Jesucristo. Jesús los acusa claramente de esto: “...*Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición.*” (Mr. 7:9).

- ¿Qué significa, entonces, que no estamos bajo la Ley?

Los judaizantes preguntan: “Si no guardamos la Ley, entonces, ¿no sería una licencia para practicar lo que condena?” ¡De ningún modo! Quien está en Cristo practica Su nuevo mandamiento, que es vivir en Su amor. Como dijo Agustín: “Ama, y haz lo que quieras”. Es decir, “...*Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.*” (1 Jn. 4:16). Toda la justicia moral de la Ley ahora es vivida por los creyentes, por el Espíritu Santo en ellos, y por la

fuerza del amor. Por lo tanto, el creyente no mata, no roba, no asesina, no practica la idolatría, siendo ahora templo del Espíritu Santo. La vida interior lo lleva a cumplir plenamente la justicia santa que representaba la Ley.

Ahora la Palabra es clara en cuanto a que los aspectos ceremonial y civil de la Ley han caducado, y ya no son parte de las responsabilidades del creyente, como ya fue explicado en los artículos anteriores.

- Pero yo os digo...

“De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.” (Mt. 5:19). Los judaizantes malinterpretan los mandamientos del Señor como la necesidad de observar la Ley, alegando que el Nuevo Testamento aún no se había completado.

Esto es un error básico de interpretación del texto (similar a lo cometido por los antiguos fariseos): atribuir conclusiones fuera de contexto para tratar de justificar sus tradiciones. Veamos. En Mateo 5 encontramos seis declaraciones hechas por nuestro Señor, mediante las cuales introduce su tema a través de la fórmula: *“Oísteis que fue dicho... pero yo os digo...”* Estos seis contrastes presentados por nuestro Señor y lo escrito por Moisés establecen cómo Jesús, ya en Su ministerio y Su enseñanza, estaba estableciendo en el corazón de sus creyentes Su doctrina, la cual era el verdadero cumplimiento de la Ley dada a Moisés, y de los profetas, y que debería ser ahora la norma de fe y conducta de sus discípulos.

El argumento de que el Nuevo Testamento no se había escrito es débil, en razón de que ya para cuando Jesús habló el Sermón del Monte, Él ya tenía un ministerio fructífero, y gran cantidad de seguidores estaban siguiendo Su doctrina. Y Él esperaba que ellos cumplieran Su enseñanza y la impartieran a otros, como al final de Su ministerio les recordó a sus apóstoles en la gran comisión: “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; ENSEÑÁNDOLES que GUARDEN TODAS LAS COSAS que os he MANDADO; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.*” (Mt. 28:19-20). Es, por ende, obvio que lo que Jesús enseñaba acerca de guardar los mandamientos no era en referencia a la Ley, sino a Su propia enseñanza.

- ¿Qué pasa con la obligación de guardar el sábado?

Según Daniel Juster, un judío cristiano, “¿qué tiene que ver la Ley con todo esto [las costumbres y tradiciones judías]? En primer lugar, ya no recurrimos a la Ley buscando justicia intrínseca para guardarla. En el Mesías [Jesús] hemos muerto a toda preocupación legalista de la Ley. Pablo da el ejemplo de la mujer que es libre del compromiso legal del matrimonio con la muerte de su esposo. Morimos a la Ley (Ro. 7.4) en el sentido de que ya no hay ninguna sanción ni esclavitud legal. Nuestro mayor enfoque ahora es el poder del Espíritu y Su amor actuando en nuestra vida fundamentada en la ley del amor. Con la llegada del Nuevo Pacto, el hito principal del pueblo de Dios se convirtió en la fe en la muerte y resurrección de Yeshua [Jesús] y, en mi opinión, en la transformación que Él realiza en el individuo.”

Por tanto, Pablo escribe claramente que ya no debemos ser juzgados por estas cosas: “*Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, LUNA nueva O DÍAS de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.*” (Col. 2:16-17). Si bien Pablo no se opuso en ningún momento a los judíos que guardaban el Shabat, y lo dejó en el ámbito de la tradición y conciencia personal, al mismo tiempo, nunca permitió la imposición del Shabat a los cristianos como parte de la doctrina y fe cristianas.

- En cuanto al argumento de las tribus perdidas

¿Son los cristianos los descendientes de las tribus perdidas de Israel y deberían tratar de rastrear su árbol genealógico para certificar su descendencia judía? Nuevamente, Daniel Juster responde: “Los efraimitas, o personas de las Dos Casas, enfatizan que los judíos estaban dispersos entre todos los pueblos; por lo tanto, todos los que se hicieron cristianos en estas naciones vinieron de hecho de las tribus perdidas.”

No hay enseñanza en el Nuevo Testamento que respalde ese pensamiento. Uno puede buscar su raíz genealógica y descubrir que tiene ascendencia judía; sin embargo, sería una desviación pensar que somos pueblo de Dios por esto. Lo que nos hace hijos de Dios es la fe en Jesucristo, no ninguna raíz genealógica. La realidad y enseñanza del Nuevo Testamento es que muchos de los convertidos y nuevos creyentes eran personas gentiles. “...Yo os provocaré a celos con un pueblo que no es pueblo; con pueblo insensato os provocaré a ira.” (Ro. 10:19). Esa es una más de las grandes aberraciones de estos movimientos judaizantes; sutilmente niegan doctrinas fundamentales y claras, que es un escándalo pensar que los cristianos caigan

en estos errores.

Pablo decía: *“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación...”* (Ef. 2:13-14). En Cristo Jesús ya no hay diferencia, los que son de la fe (lo cual no es un asunto de descendencia) son de su pueblo, un solo pueblo compuesto por judíos y gentiles.

- ¿Deberíamos llamar al Salvador Jesús o Yeshua?

Otro error evidente de interpretación por parte de los judaizantes radica en insistir que el nombre del Mesías fue escrito en hebreo, y que Jesús es un nombre pagano, una blasfemia, y tenemos que volver a las raíces hebreas de la fe.

En Lucas 2:21, dice: *“... le pusieron por nombre Jesús, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido.”* El nombre ‘Jesús’ (en griego “Iésous”) es el equivalente hebreo de Yeshua/Yehoshua, que significa ‘Yahweh salva’ o ‘el Señor salva’. Era normal que los judíos pronunciaran el nombre Yeshua en hebreo o arameo, su lengua materna. Sin embargo, en los documentos originales se conservó en griego.

El gran error de los judaizantes es ignorar que los Evangelios fueron escritos en griego (el idioma que prevalecía en el mundo en ese momento), y no en hebreo. Como el mandato del Señor fue que el Evangelio se predicara a todas las naciones, fue escrito y difundido en ese idioma. “No hay un manuscrito antiguo del Evangelio de Lucas, ni del resto, que esté en hebreo o arameo, porque los Evangelios no fueron escritos en ese idioma, con la excepción, tal vez, del Evangelio

de Mateo. Dios quiso preservar el nombre del Salvador en griego, “Iésous”. Si Dios quisiera que lo conociéramos por el nombre hebreo, y lo llamáramos así, lo habría conservado en hebreo o arameo, pero no tenemos ningún documento que lo respalde. Lo que Dios conservó fueron los manuscritos griegos. Por lo tanto, para nosotros, Su nombre es “Iésous” [transcrito como Jesús]” (Augusto Nicodemo). “La fe, con exceso de celo, se convierte en fanatismo” (Abraham Joshua Heschel, uno de los principales teólogos judíos del siglo XX).

El secreto para entender las Escrituras

Ahora no tenemos que ser eruditos para conocer las Escrituras. Los temas tratados por los judaizantes son errores denunciados hace siglos por la Palabra de Dios. C. S. Lewis dijo: “Dios nunca se hace un filósofo ante una lavandera”. “Las Escrituras no son laberintos oscuros donde nos perdemos en preguntas sin respuesta. El Creador del Universo es nuestro Padre de amor, y la Biblia es Su Palabra, a través de la cual podemos conocer Sus pensamientos y, a través de ellos, Su Persona... El mensaje central de la Biblia es la vida con Dios a través de la revelación de Su Hijo. Si no te acercas al Hijo a través de la Biblia, ella se convierte en un universo en caos”.

Siendo el Nuevo Testamento tan claro en cuanto a la maldición del falso evangelio judaizante, desafortunadamente, sólo podemos creer que las interpretaciones intrascendentes y equivocadas de estos movimientos son obras de hombres libertinos, moralmente incorrectos, que no tienen el Espíritu que guía a toda la verdad. ¡Dios tenga misericordia de su pueblo y lo libre de todo engaño en Cristo Jesús! ¡Amén!

DAVID BRAINERD

“¡Oh, si pudiera ser una llama de fuego al servicio de mi Dios!”

Un joven que vivió 29 años, 5 meses y 19 días de edad, cuando la mayoría de los jóvenes están pensando ansiosamente en qué gastarán sus vidas, David Brainerd ya había gastado completamente la suya; una corta vida en la cual vivió sólo ocho años como cristiano, y cuatro de ellos los vivió en el campo misionero. Sin embargo, esa breve vida que fue consumida entre los bosques y tribus de los indios Pieles Rojas, sacudió el mundo de las misiones, y muchas generaciones fueron impactadas.

Cuando John Wesley estaba predicando en una conferencia, le preguntaron qué se podía hacer para avivar la obra allí, él respondió: “Que cada predicador lea cuidadosa y detenidamente la biografía de David Brainerd”. El gran misionero Henry Martyn, después de leer dicha biografía, decidió consumirse por las misiones, diciendo: “¡Anhelo ser como él!” También ha sido una viva inspiración para misioneros como Robert McCheyne, William Carey, Andrew Murray, entre otros; así como para pastores, obreros y predicadores de todas las denominaciones, de todos los tiempos, desde Jonathan Edwards, Wesley, Spurgeon, hasta otros más recientes, como A.W.Tozer, Ravenhill, John Piper, Paul Washer...

De la Ley a la gracia de Cristo

Nació el 20 de abril de 1718 en Haddam, Nueva Inglaterra. Su padre, quien murió cuando él tenía unos nueve años de edad, fue el honorable Ezequías Brainerd, uno de los consejeros de su majestad para esa colonia. David fue el tercero de nueve hijos. Creció en un ambiente cristiano, pero no fue hasta sus veinte años de edad, en el invierno de 1738, cuando Dios comenzó a obrar en su vida. Su madre, después de haber vivido por cerca de cinco años como viuda, murió cuando David tenía unos catorce años de edad. Así, quedó huérfano de padre y madre en su juventud.

“Yo era desde mi juventud algo sobrio e inclinado más bien a la melancolía que al extremo contrario; pero no recuerdo ninguna cosa de convicción de pecado digno de comentario, hasta que tuve, creo, alrededor de siete u ocho años de edad”, escribiría Brainerd años después en su diario, junto a muchos otros testimonios de sus luchas con la depresión y su dolor por el pecado.

Luego de vivir algunos años con una de sus hermanas y heredar una granja a los 19 años, Brainerd se propuso, en 1738, estudiar en Yale para ingresar al ministerio. Pero había un problema: su corazón era legalista e hipócrita, algo que entendió a la luz de la Palabra. Él escribió en su diario un año después:

“En abril de 1738, fui a residir con el Sr. Fiske, de Haddam (era el pastor de la iglesia en Haddam), con quien continué morando mientras él vivió. Recuerdo que él me aconsejó

que abandonara de una vez la compañía de los jóvenes y me asociara a personas serias, mayores; consejo que seguí. Mi manera de vivir, entonces, fue completamente rutinaria, llena de religiosidad. Leí mi Biblia por más de dos veces en menos de un año, y pasaba mucho tiempo cada día en oración, y otros deberes secretos; dando gran atención a la palabra predicada, esforzándome al máximo por retenerla. Tan preocupado estaba con los asuntos religiosos que concordé, con algunas personas jóvenes, en reunirnos los sábados para ejercicios religiosos; y me juzgaba sincero en estos deberes. Terminadas las reuniones, yo solía repetir para mí los discursos escuchados aquel día, recordándolos cuanto me fuera posible; algunas veces hasta tarde por la noche. Ocasionalmente, los lunes me recordaba de los sermones del domingo; sentía placer en los ejercicios religiosos y pensaba seriamente en convertirme en miembro de alguna iglesia. En suma, yo tenía una buena apariencia exterior y descansaba totalmente en el cumplimiento de mis deberes; aunque no tuviera conciencia de ello”.

La lucha se intensificó en el corazón de David. Quería amar más a Dios y disfrutar la salvación, pero veía sus esfuerzos como legalistas y sentía, al mismo tiempo, una profunda convicción de pecado. Esto siguió hasta que Dios obró el milagro el 12 de julio de aquel año:

“Mientras caminaba en una arboleda oscura y gruesa, la gloria indescriptible parecía abierta a la vista y aprehensión de mi alma. No me refiero a ningún brillo externo, porque no vi tal cosa; tampoco me refiero a la

imaginación de un cuerpo de luz en algún lugar del tercer cielo, o cualquier cosa de esa naturaleza; pero fue una nueva aprehensión interna o visión que tuve de Dios... Nunca había visto algo comparable a ella por excelencia y belleza; era muy diferente a todas las concepciones que alguna vez tuve de Dios... Mi alma se regocijó con alegría indescriptible, de ver a un Dios así, un ser Divino tan glorioso; y yo estaba internamente satisfecho de que él debería ser Dios sobre todo por los siglos de los siglos...”

“Así Dios, confío, me trajo a una disposición cordial para exaltarlo... En este tiempo, el camino de la salvación se abrió a mí con una sabiduría tan infinita, idoneidad, y excelencia, que me preguntaba si alguna vez debería pensar en cualquier otra forma de salvación; estaba sorprendido de que (yo) no hubiera dejado caer antes mis propios artilugios, y cumplido con este encantador, bendito y excelente (camino). Si pudiera haber sido salvado por mis propios deberes, o de cualquier otra manera que yo hubiera ideado anteriormente, toda mi alma ahora lo habría rechazado. Me preguntaba ahora por qué todo el mundo no veía y cumplía con esta forma de salvación, totalmente por la justicia de Cristo”.

Dios es amoroso para abrir nuestros ojos a la belleza de Su gloria en la faz de Cristo y darnos salvación cuando estábamos ciegos. Dos meses después de esto, entró a Yale. En su segundo año de estudios, fue enviado de vuelta a casa debido a una enfermedad que le hacía toser sangre:

“Poco después, en el mes de agosto, me sentí tan débil y

enfermo como resultado de un exceso de estudio, que el director del colegio me aconsejó que volviese a mi casa. Estaba tan flaco que hasta tuve algunas hemorragias. Me sentí muy cerca de la muerte, pero Dios renovó en mí el reconocimiento y el gusto por las cosas divinas. Anhelaba tanto la presencia de Dios, así como liberarme del pecado que, al mejorar, prefería morir a tener que volver al colegio y alejarme de Dios... ¡Oh, una hora con Dios excede infinitamente a todos los placeres del mundo!”

Una Iglesia tibia

En aquel entonces, la iglesia en Estados Unidos se presentaba como moribunda y decadente. La vida cristiana pasaba por asentir fórmulas teológicas. Ya no se enfatizaba en el arrepentimiento ni el nuevo nacimiento. Tampoco se hablaba del pecado o la fe salvadora en Jesucristo. El mensaje se resumía sólo en esto: “¡Sea bueno!”

En sus días de estudiante escuchó un sermón de E. Pemberton, con un mensaje sobre las oportunidades de la obra misionera entre los indígenas. ¡David nunca olvidó ese mensaje!

Labor misionera

Luego de ser expulsado de Yale, fue sorprendido por Dios al recibir una licencia para predicar de parte de “Nuevas Luces”, un grupo de pastores evangélicos que apoyaron el Gran Avivamiento de aquellos días.

Cuando no pudo ser readmitido en Yale, se sugirió que Brainerd fuese misionero entre los nativos americanos bajo el patrocinio de una sociedad escocesa misionera. Así, fue nombrado el 25 de noviembre, abrazando este llamado después de servir unos meses en iglesias en Long Island, al este de Estados Unidos.

Empezó su labor misionera el 1 de abril de 1743, con 25 años. Los primeros tiempos no fueron fáciles, ni tampoco los que siguieron. Luchó con su tuberculosis, su soledad, su depresión, situaciones difíciles y duras, tal como lo expresara en su diario:

“Mi trabajo es excesivamente duro y difícil. Casi todos los días ando a pie kilómetro y medio, por los peores caminos... esta y otras muchas circunstancias, también malas, me rodean. ¡Que el Señor me enseñe a sufrir penalidades como buen soldado de Jesucristo! ... Hoy no tuve pan, ni manera de conseguirlo... otras veces paso días sin él...”

Al verse solo en la profundidad de aquellos bosques, sin saber el idioma de los indios, pasó varios días enteros en oración para que el Espíritu Santo le usara poderosamente, de modo que aquella gente no pudiera resistir Su presencia.

Tuvo muchas luchas durante sus cortos años de ministerio, entre ellas: la falta de comida, su sentimiento de soledad predicando apartado de la civilización, sin amigos creyentes cercanos a él, su lucha para amar cada día más a los nativos

y, en especial, su lucha contra su pésima salud y su depresión recurrente. En una ocasión, sobre su depresión y cómo Dios lo sostenía en la predicación, escribió:

“Estaba tan abrumado por el abatimiento, que no sabía cómo vivir. Anhelaba la muerte en exceso: mi alma estaba hundida en aguas profundas, y las inundaciones estaban listas para ahogarme... No tenía ninguna duda angustiante sobre mi propio estado; pero me habría aventurado alegremente (por lo que podría saber) a la eternidad. Mientras iba a predicar a los indios, mi alma estaba angustiada; estaba tan abrumado por el desaliento, que me desesperé de hacer algo bueno, y fui llevado a mi ingenio. No sabía qué decir, ni qué camino tomar. Pero finalmente insistí en la evidencia que tenemos de la verdad del cristianismo de los milagros de Cristo; muchos de los cuales puse delante de ellos, y Dios me ayudó a hacer una aplicación cercana a aquellos que se negaron a creer la verdad de lo que les enseñé. De hecho, pude hablar a las conciencias de todos, en cierta medida, y de alguna manera me animé a encontrar que Dios me permitió ser fiel una vez más”.

Vida de oración y entrega

Una de las características que más se menciona en sus biografías es que se trataba de un hombre de oración, tal como lo refleja su diario en 1742:

Lunes 19 de abril: “Pedí ayuda y dirección divina, y que a Su tiempo, me envíe a Su mies. Antes del mediodía, sentí el poder de intercesión por las almas inmortales, por el

crecimiento del reino de mi amado Señor y Salvador en el mundo... Durante la tarde verdaderamente Dios estuvo conmigo. Mi alma rogó por el mundo y anhelé la salvación de multitudes de almas...”

Martes 20 de abril: “... ¡Que el Señor me ayude a vivir más para Su gloria...!”

Miércoles 25 de abril: “... Pasé dos horas en devoción privada, agonizando por las almas inmortales... Lo único que quiero es ser más santo, parecerme más a mi amado Señor...”

Lunes 14 de junio: “Aparté este día para ayunar y orar, para rogar a Dios su dirección y bendición en el desempeño de mi gran trabajo: la predicación del evangelio. Al atardecer Dios me visitó de forma asombrosa durante la oración. Creo que mi alma nunca antes había experimentado tanta agonía... Luché a favor de amigos ausentes, de una cosecha de almas, de multitudes de almas pobres, y de muchos que, para mi concepto, eran hijos de Dios en muchos lugares distantes. Estuve en tanta agonía hasta el oscurecer que mi cuerpo se bañó de sudor. ¡Pero Jesús sudó sangre por las pobres almas! Anhelé tener más compasión hacia ellos”.

Comienza a dar fruto

Un día, sin que él se diera cuenta, algunos de los indios lo habían seguido silenciosamente como serpientes durante la tarde. Se detuvieron detrás de los troncos de los árboles para contemplar la escena misteriosa de una figura de cara pálida

que estaba solo, postrado en el suelo, clamando a Dios.

Los guerreros de la villa decidieron matarlo sin demora, pues decían, que los blancos le daban un aguardiente a los Pielas Rojas, el cual los embriagaba, y se llevaban las cestas y las pieles de los animales, y les robaban las tierras. Pero después de cercar furtivamente al misionero que oraba postrado, y escuchar cómo clamaba al “Gran Espíritu”, insistiendo en que salvara sus almas, ellos partieron tan secretamente como llegaron.

Al día siguiente, el joven, sin saber lo que había sucedido a su alrededor mientras oraba en el solitario lugar, llegó a la villa en una forma sorpresiva. En el espacio abierto entre las “wigwams” (barracas de pieles) los indios lo cercaron, y el joven, con el amor de Dios ardiendo en el alma, leyó el capítulo 53 de Isaías. Mientras predicaba, Dios respondió a su oración de la noche anterior, y los indios escucharon el sermón con lágrimas en los ojos.

Desde marzo de 1744 hasta el verano de 1745, anduvo predicando a diferentes tribus en diferentes regiones. Anduvo errante por montañas y ciénagas. Estuvo expuesto al frío, y al calor del verano. Algunas veces se sentía descorazonado por la oposición al cristianismo. Otras veces se sentía alentado. Pero David tenía muy claro su llamado; y de repente, aunque dependía de un intérprete, los indígenas comenzaron a responder a su predicación:

“El poder de Dios respaldó mi predicación y muchos se vieron movidos a mostrar interés en sus almas, derramar

lágrimas y desear que Cristo los salvara... Era como si todos a una estuviesen en agonía de alma a causa de querer conocer a Cristo. Cuanto más les hablaba de Dios, de cómo envió a su Hijo para borrar los pecados del hombre e invitarlos a participar de Su amor, más intensa era la pena que sentían... ¡Reina el amor entre ellos! Mientras predicaba se daban las manos con cariño. Muchos de los demás indígenas, al ver y al oír esto, se conmovían y sollozaban amargamente y deseaban participar del mismo gozo...”

Poco después de la primavera de 1746 se estableció una iglesia, y después de un año y medio, los creyentes aumentaron a casi 150. Pero la salud de Brainerd estaba quebrada, estaba muriendo de tuberculosis. Su obra misionera llegaba a su fin.

Partida temprana, legado duradero

En los siguientes años antes de su muerte, él llegaría a trabajar predicando el Evangelio y traduciendo porciones de la Biblia entre los indios Housatonic, luego entre los indios Delaware (al noreste de Pennsylvania), y luego en Crossweeksung (New Jersey), en donde tuvo un ministerio especialmente fructífero.

Para noviembre de 1746, estaba tan grave de salud que tuvo que apartarse de la misión e ir a vivir a casa de su amigo Jonathan Dickinson, en Elizabethtown. Luego de unos meses, partió a casa de Jonathan Edwards, donde estuvo hasta el

final de su vida.

Allí fue atendido por Jerusha, la hija de Edwards, su prometida. En mayo de 1747, Brainerd fue diagnosticado con una tuberculosis incurable, y su dolor aumentó en los próximos meses.

“¡Ya viene la hora gloriosa! Siempre he ansiado servir a Dios con perfección. Ahora Dios premiará esos deseos... No voy al cielo a estar mejor, sino a rendir honores a Dios. No me importa la posición que me den en el cielo, ya sea un puesto alto o bajo; honrar y glorificar a Dios lo es todo... Fui hecho para la eternidad. ¡Cómo anhelo estar con Dios y postrarme delante de Él!”

Finalmente, al amanecer del viernes 9 de octubre de 1747, David Brainerd murió. Tenía apenas 29 años. Lo último que escribió en su diario fue:

Viernes, 2 de octubre. “Mi alma estaba en este día, por turnos, dulcemente centrada en Dios: anhelaba estar con Él, para poder contemplar su gloria... Oh, que su reino pueda venir en el mundo; para que todos puedan amarlo y glorificarlo, por lo que es en sí mismo; y que el bendito Redentor pueda ver ‘el trabajo de su alma, y estar satisfecho’. Oh, ven, Señor Jesús, ¡ven rápido! Amén”.

Pero allí no terminó su legado. Edwards compiló y publicó el diario de David Brainerd, extendiendo su influencia a lugares que jamás imaginaron.

Más de 250 años después, Brainerd nos recuerda que Dios es tan soberano que puede hacer que un ministerio de sólo cuatro años tenga más impacto que otros que han durado décadas. Lo verdaderamente importante no es cuántos años vivimos en este mundo, sino cómo los vivimos.

Sostenido por la gracia de Dios

La lección más valiosa de la vida de Brainerd es que ejemplifica cómo Dios se complace en exaltarse en nuestras debilidades. Brainerd se aferró a la gracia del Señor en medio de sus travesías y sentimientos de abandono:

“Dios se ha complacido en mantener mi alma hambrienta, casi continuamente; por lo que he estado lleno de una especie de dolor agradable. Cuando realmente disfruto de Dios, siento que mis deseos de Él son más insaciables, y mi sed de santidad es más inextinguible; y el Señor no me permitirá sentir como si estuviera completamente satisfecho, sino que me mantiene aun avanzando. Me siento estéril y vacío, como si no pudiera vivir más sin Dios... Oh, ¡este dolor agradable! Hace que mi alma se esfuerce por alcanzar a Dios; su lenguaje es: “Entonces me sentiré satisfecho cuando despierte a la semejanza de Dios” (Salmos 17), pero nunca, nunca antes... ¡Oh, si pudiera sentir esta hambre continua, y no ser retardado, sino más bien animado por cada “racimo de Canaán”, para avanzar hacia adelante en el camino angosto, para el pleno disfrute y posesión de la herencia celestial! ¡Ojalá nunca merodee en mi viaje celestial!”

Dios puede extender el fruto de Su gracia en nosotros

mucho más allá de nuestras muertes, si esa es Su voluntad, si vivimos entregados a Él.

Lo que David Brainerd escribió a su hermano Israel es un desafío para todos los cristianos de cualquier época:

“Digo, ahora que estoy muriendo, que ni por todo lo que hay en el mundo habría yo vivido mi vida de otra manera.”
 “Heme aquí, Señor, envíame a mí hasta los confines de la tierra; envíame a los Pieles Rojas del monte; aléjame de todo lo que se llama comodidad en la tierra; envíame aunque me cueste la vida, si es para tu servicio y para promover tu reino...”

Luisa Cruz

Bibliografía: www.coalicionporelevangelio.org – David Brainerd
 “Biografías de grandes cristianos” – Orlando Boyer
 “El Diario Personal de David Brainerd” – Jonathan Edwards
 “El joven que nunca dejaba de orar” – Gabriel Edgardo Llugdar

.....

“El carácter y la carrera de un joven dependen de cómo usa el tiempo libre. No podemos reglamentar las horas de la escuela o de la oficina -ya están determinadas para nosotros- pero podemos decidir lo que haremos antes y después. La forma en que usemos las horas que nos sobran después de haber hecho provisión para el trabajo, las comidas y el descanso, determinará si nos desarrollaremos como personas mediocres o poderosas. El ocio es una gloriosa oportunidad y un peligro sutil. Cada momento del día es un regalo de Dios que merece cuidado, porque de cualquier forma que se lo mida, nuestro tiempo es corto, y la obra es grande.”

Oswaldo Chamblor

¡Cuánta abundancia de bien podrían hacer los ministros si se limitaran a vivir despreciando el mundo y las riquezas y la gloria del mismo, y dedicaran todo lo que tienen al servicio de su Señor! Eso inclinaría más corazones a recibir su doctrina que cualquier oratoria que pudieran emplear, pero sin esto, la excepcionalidad de la religión no parecerá más que hipocresía, y probablemente es así.

Richard Baxter

“Quienquiera estime su doctrina, y fe como recta y verdadera, no puede permanecer en el mismo establo con el error o adherir a la falsa doctrina... Un maestro que permanece mudo cuando se enseña el error, y no obstante pretende ser un maestro de la verdad, es peor que un fanático descarado y con su hipocresía hace más daño que un hereje”.

Martín Lutero

“Ama la verdad, vive la verdad, predica la verdad, defiende la verdad. Porque el que no habla la verdad, traiciona la verdad”

John Huss

“El dueño de un prostíbulo no peca menos que un predicador que no entrega el verdadero evangelio. El prostíbulo es tan ruin como la iglesia del falso predicador”.

Martín Lutero

“Jesús es la cabeza de la iglesia. No el cabecilla de una pandilla de ladrones”

John Huss

HUID DE LA FORNICACIÓN

“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicica, contra su propio cuerpo peca.”
(1 Co. 6:18)

Uno de los pecados que más destruye el corazón es el pecado sexual. Ningún otro pecado causa heridas tan profundas en el alma.

Lastimosamente, la inmoralidad ha avanzado tanto, que ha llevado a muchos a descuidarse en el área sexual; la pornografía, la masturbación, las relaciones sexuales prematrimoniales y cualquier tipo de inmoralidad, ya la Iglesia no las percibe tan graves; se ha dado una tregua al enemigo y se le ha permitido pasearse por el campamento de los santos sin ninguna restricción.

Actualmente, la inmoralidad sexual ha tomado gran auge gracias a los diversos medios de comunicación. El avance de la tecnología ha sido usado por las grandes industrias para bombardear con inmoralidad todas las esferas de la sociedad; han utilizado esto como un cebo para atrapar en sus perversidades, la mayor cantidad de público de todas las edades. Lo más triste de todo es ver cómo el pueblo de Dios ha cedido, y poco a poco muchos han silenciado sus voces; la inmoralidad sexual ya no es vista como algo tan peligroso.

Pareciera como si hubiera cambiado el estándar moral que las Escrituras establecen. Hoy en día resulta anticuado hablarles de pureza y santidad a los jóvenes cristianos.

¿Qué ha sucedido? ¿Cuál ha sido la falla? La instrucción ha sido clara en las Escrituras, y sus estándares siguen siendo los mismos. El precepto que Dios da en cuanto a este pecado es **huir**. Sin embargo, muchos no lo han hecho así, y siempre están jugando, mirando hasta donde pueden llegar, como quien se asoma por un precipicio, para finalmente acabar destruyendo sus vidas.

La sexualidad en el plan de Dios

Dios fue quien creó el sexo, y lo dio como un regalo al hombre para que fuera disfrutado dentro del pacto matrimonial entre un hombre y una mujer. En la sexualidad se puede ver la bondad de Dios. Él quiere que el hombre disfrute de este regalo. Dios creó al hombre con emociones, sentimientos y con la capacidad de experimentar el placer, y donde más se puede apreciar esto es en la sexualidad de acuerdo con el plan de Dios. No obstante, como diría Ben Patterson: “Hablar de la bondad de Dios en la sexualidad es algo extraño para nuestra sociedad, en la cual se ha hecho una hipérbole sexual”. El diablo ha hecho un énfasis desmedido en la sexualidad y ha distorsionado todo significado del placer sexual ¿Y por qué? En palabras de este mismo autor: “El placer es idea de Dios, y el diablo se opone a Dios. De hecho, el diablo odia el placer porque odia al Dios del placer”. El diablo ha logrado que muchos cristianos vean la sexualidad como un tabú, como algo malo. Y si bien Dios no aprueba

los estándares de sexualidad que ha establecido la sociedad según sus deseos pecaminosos y corazones entenebrecidos, en las Escrituras se observa con claridad que la sexualidad es uno de los regalos que Dios, en su bondad, le concede al ser humano para ser disfrutado en el matrimonio entre un hombre y una mujer.

“El descomunal secreto del sexo es este: el sexo es bueno porque el Dios que creó el sexo es bueno, y Dios es glorificado al máximo cuando recibimos Su regalo con acción de gracias -porque dicho regalo nos señala al Dios que lo concedió- y cuando lo disfrutamos de la forma en que Él quiso que lo disfrutáramos” (Benn Patterson).

Degradación de la sexualidad

Basta con echar una ojeada a las noticias del día para ver la degradación moral de la época: violaciones, pederastia, bestialismo, divorcios, infidelidades, homosexualismo, y demás, todo como resultado de la desobediencia del hombre.

La llamada “revolución sexual” ha llegado a su expresión más burda. Pareciera que la humanidad entera fuera la actual Sodoma. A los pecados sexuales, que ofenden al Señor y de los cuales la Biblia dice que son vergonzosos, la sociedad les llama “libertad sexual”. El aumento de la industria de la pornografía pervierte día a día a niños y jóvenes, haciéndoles creer que la sexualidad es simplemente un instinto o impulso que debe ser satisfecho, llevándolos a comportarse como animales irracionales. Los embarazos no deseados han aumentado, así como también aumenta el

número de madres “cabeza de familia” y la cantidad de abortos practicados por día. Esta “revolución sexual” lo único que ha traído es más esclavitud al hombre. La sociedad, con sus inmundicias, ha logrado permear la Santa Institución de Dios. Muchos líderes y pastores han caído en esta trampa. Se ha llegado a tal punto de degradación que existen pastores y líderes homosexuales, divorciados, adictos a la pornografía, infieles a sus esposas, y con muchas otras degradaciones. Esto es realmente lamentable. Muchos son el retrato exacto de los hijos de Elí, quienes con sus acciones manchan el santuario y deshonoran el nombre de Cristo ante la Iglesia y ante el mundo que los observa.

Por todo esto, es necesario advertir insistentemente en cuanto a los peligros de los pecados sexuales. Es preciso mirar con mucha atención lo que hablan las Escrituras en cuanto a estos temas, y aprender cuál debe ser la forma de conducirse en una sociedad que bombardea inmoralidad implacable y constantemente.

Pecado contra el cuerpo

La palabra que usa el apóstol Pablo para fornicación en 1 Corintios 6:18 es la palabra griega ‘porneia’, que expresa cualquier tipo de pecado sexual. Como se mencionó antes, el pecado sexual causa profundos daños en el alma, deja un intenso sabor de amargura, resentimiento, dolor y un sentido de auto-rechazo. Así como una tela que absorbe la suciedad, la fornicación deja en la persona manchas sucias y oscuras.

Estos son los pecados más difíciles de borrar de nuestra mente y también los más difíciles de abandonar; ningún otro pecado trae tantas cadenas. Además, en el verso 13, el apóstol dice que el cuerpo fue creado para el Señor, no para la fornicación. Y en el verso 19 muestra que el cuerpo del creyente es el templo del Espíritu Santo: “*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?*”. Al dar un uso inapropiado al cuerpo, los cristianos deshonran la gloria de Dios y contristan Su Espíritu Santo, quien ha hecho del creyente su morada. Es terrible ver cuántos creyentes están envueltos en fornicación, manchando la gloria del Señor y atentando contra el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Heridas en el alma

Al escuchar testimonios de jóvenes que han caído en pecados sexuales, se pueden percibir los daños emocional, psicológico y físico que les quedaron como consecuencia. Asimismo ocurre con los adultos, quienes han perdido sus familias por causa de la inmoralidad. Este pecado no da tregua, destruye todo a su paso. Son varias las jovencitas que empezaron su vida sexual a temprana edad, creyendo que se entregaban al “hombre de su vida”, y simplemente fueron un objeto sexual temporal, lo que las llevó a entregarse a uno y otro hombre, corrompiendo su cuerpo cada vez más. En muchos casos, un embarazo no deseado las condujo a la mala decisión de abortar, y a tener que llevar en sus conciencias la carga adicional de un homicidio.

Cientos de miles de jóvenes son esclavos de la pornografía y la masturbación; destruyen sus cuerpos por la lujuria y cargan con la culpa de la inmoralidad. Viven como animales sin saciarse; pareciera que no encuentran una solución a su adicción, y continuamente se sumergen más y más en esos pecados ¡Jóvenes destruidos! Tal como lo dice Proverbios 7:23: “... Como el ave que se apresura a la red, y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasa su corazón.”

A quienes incurren en la pornografía y la masturbación, los pensamientos lujuriosos no los abandonan, son su tormento día y noche. La tranquilidad y la paz que trae la pureza parece algo distante e imposible de alcanzar. Neciamente, algunos pueden pensar: “Cuando me case ya no voy a necesitar esto, y lo voy a solucionar”. Pero, al contrario, toda la inmoralidad y la lujuria que alimentaron, los llevará a destruir sus matrimonios.

En cualquier caso, es importante entender que este no es un asunto meramente físico, sino que se origina en el interior del corazón, exactamente como lo señaló el Señor Jesús cuando dijo que del corazón provenían los malos pensamientos, los adulterios y las fornicaciones. Es un asunto psicológico y emocional que debe ser puesto a los pies del Señor Jesucristo, quien puede hacer nuevas todas las cosas.

Advertencia a los jóvenes

Ceder ante las tentaciones sexuales, y caer en ellas, es una de las más peligrosas trampas para el hombre; el pecado sexual tiene un terrible poder para corromper y esclavizar.

El apóstol Pablo dice: ¡Huyan! Este no es un pecado para enfrentar o resistir, pues no tendrá piedad con aquel que cayere en sus garras. Las Escrituras muestran el ejemplo del joven José, quien era acosado sexualmente por la esposa de su amo Potifar; ella le insistía que se acostaran, pero él respondió: “... ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Gn. 39:9). Y en seguida no vaciló en huir de tal situación. En total contraste está Sansón, quien pereció a causa de su lujuria. No hay que pensarlo dos veces para tomar la decisión más sabia en estas situaciones, la cual es: ¡Huir!

Muchos albergan en su cabeza pensamientos lujuriosos que consienten, y permiten que crezcan en sus mentes; por eso, cuando están frente a una tentación no escogen huir, pues ya están atrapados en sus concupiscencias. Muchos son prisioneros de la inmoralidad porque siempre vacilaron en este asunto, nunca tuvieron la determinación firme de huir. Creían que ya habían vencido este pecado, y lentamente se dejaron enredar. Nunca tomaron en serio la pureza o la santidad, ignoraron que la inmoralidad bombardea por todos los frentes y es como un animal hambriento, siempre buscando su presa para devorarla. Actualmente, la pornografía está a sólo un clic de distancia, y es quizás por orgullo (sentirse inmune a estas tentaciones, pensando que no es su debilidad) o por ignorancia, muchos terminan cayendo... ¡Y quedan atrapados! “*Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero, y como el necio a las prisiones para ser castigado...*” (Pr. 7:22). Quienes coquetean con el pecado, siempre codiciándolo en sus corazones, ignoran que la paga del pecado es muerte y sus consecuencias son terribles. Olvidan las familias, ministerios y vidas destruidas por la

inmoralidad. Aunque se nieguen a creerlo, la fornicación arruina la vida del hombre, y aquello que Dios había diseñado como un jardín bello de luz y deleite, se convierte en un horrible lugar de infelicidad y oscuridad.

Disciplinas que nos ayudan a vencer la tentación

Ante un probable desastre, la mejor forma de salvar vidas es tomar precauciones; y frente a las terribles consecuencias causadas por la inmoralidad, además de huir de la fornicación, es necesario tomar en cuenta ciertas disciplinas que ayudarán a mantenerse distantes de la inmoralidad. Randy Alcorn, en su folleto “Tentación sexual”, plantea la siguiente ilustración: “Hay dos maneras de abordar el peligro de caer por un precipicio. Una de ellas es colocar ambulancias y paramédicos en la parte inferior. Otra, es colocar señales de advertencia y construir una barrera en la parte superior”. Dios ha dado mandamientos en Su Palabra para evitar que se caiga en el precipicio de la inmoralidad, y ha provisto de ayudas que mantienen al hombre en el buen camino. A continuación veamos algunas de ellas:

Velar en nuestra mente

La mente es el campo de batalla donde se logra la victoria sobre la fornicación o donde se cae en ella. El Señor Jesús dijo que del corazón salen todas estas cosas: adulterios, fornicaciones e inmundicias. Si no se vigila en la mente, fácilmente se caerá en la tentación. Al respecto, Randy Alcorn dijo: “Siembra un pensamiento y cosecharás una acción; siembra una acción y cosecharás un hábito; siembra un hábito

y cosecharás un carácter; siembra un carácter y cosecharás un destino”. Muchos no han llegado al acto físico de fornicar porque no han tenido la oportunidad, pero en sus corazones ya lo han hecho, porque no han velado en sus pensamientos. Las Escrituras dicen qué cosas deben ocupar los pensamientos del hombre: “...*todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.*” (Fil. 4:8). Así que es nuestra responsabilidad el material que colocamos en nuestra mente; si estamos colocando combustible para alimentar la llama de la inmoralidad, tarde o temprano nos quemaremos; o si, por el contrario, estamos limpiando nuestra mente con material saturado de la santidad de Cristo, viviremos en paz y pureza sexual.

Ser llenos de la Palabra de Dios

La sociedad ataca con toda clase de inmoralidad, y el hombre puede ensuciarse con sus inmundicias; por eso es necesario que la Palabra de Dios more abundantemente en los creyentes, pues sólo ella podrá limpiar su camino y llevarles por la senda correcta. Es indispensable pasar tiempo en la Palabra, procurar memorizarla y meditarla constantemente.

“¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra.”
(Sal. 119:9).

Las consecuencias del pecado sexual podrían dejar secuelas de por vida, por eso es necesario obedecer las recomendaciones que Dios da en su Palabra, y buscar el consejo de quienes ya han recorrido esta senda y pueden

brindar instrucción. Por tanto, sumado al estudio de la Biblia, se recomiendan algunas obras al final del mensaje para profundizar más en este asunto.

La oración

En el modelo de oración que el Señor Jesús enseñó está la grandiosa frase: “*Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal...*” (Mt. 6:13). Aunque Dios no tienta a nadie, es normal que sus hijos sufran tentaciones o pruebas por la naturaleza caída, pero lo que el Señor Jesús enseña es que no se podrá superar ninguna tentación sin un sentido de dependencia absoluta de Dios. Gran cantidad de cristianos que caen en fornicación empezaron descuidando su vida de comunión íntima con Dios. Por eso es necesario pasar tiempo orando para ser guardados de la tentación. John Bunyan decía: “La oración alejará al hombre del pecado, o el pecado alejará al hombre de la oración”. Tal vez no exista mejor arma para fortalecer el espíritu y alejar de la tentación que la oración. Ser constantes, diligentes y entregados a la oración llenará a los creyentes de todos los poderes del Cielo para vencer en esta área, donde muchos han caído para su perdición.

Cuidar las amistades

El Señor ha hecho de los creyentes Su pueblo, y si bien estos son puestos en el mundo para dar testimonio y anunciar las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a Su luz admirable, deben poner límites a sus amistades. Hay que procurar apartarse de todo aquel que es enemigo de Dios, pues muchos creyentes se han perdido por una mala amistad,

porque tuvieron más temor de ser desaprobados por sus amigos impíos que por el Señor; se enredaron en actos de inmoralidad por sus malas amistades, y así como Jonadab que instó a Amnón a violar a su hermana Tamar, muchos son incitados por sus amigos a cometer pecados sexuales. ¡Tengan cuidado de sus amistades! Escójanlas sabiamente; procuren relacionarse con personas que estén buscando y amando la santidad, que se caractericen por el temor a Dios, que lo desafíen a usted a amar y servir a Jesucristo.

La confesión

Uno de los mayores poderes que tiene el pecado sexual es que es cultivado y practicado en lo secreto. Y nada tiene mayor eficacia para vencerlo y anularlo, que exponerlo públicamente. Durante años, muchos viven en esclavitud y vergüenza, lo que les impide confesar sus pecados delante de Dios y delante de los hombres. Pero la Escritura enseña (Pr. 28:13):

*“El que encubre sus pecados no prosperará;
Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.”*

Confesar equivale a emitir una sentencia sobre sí mismo, lo cual es indispensable para conocer la libertad y la victoria sobre el pecado. Cuando se habla de la confesión, es fácil declarar el pecado delante de Dios, y si bien este es un primer paso, no es el único. En ocasiones, la confesión sincera delante de Dios no es suficiente para vencer en la guerra contra el pecado, y se necesita de la ayuda de creyentes más experimentados. Se necesitan consejos y la exposición

del pecado que esclaviza. Esto es sumamente alentador y ayudará a llevar la carga con otros. Busque personas con la madurez y experiencia que lo puedan ayudar en esta área. No tenga temor de exponer su lucha, no sienta vergüenza de hacerlo; sería peor seguir viviendo esclavo del pecado. ¡Busque ayuda, y búsquela inmediatamente! Hágalo por su alma y su comunión con Dios. Cualquier tipo de inmoralidad no tratada, traerá consecuencias lamentables sobre su vida, y su pecado obstruirá la obra de Dios.

Un poderoso Salvador

No hay que olvidar que Jesucristo caminó en esta tierra y, como hombre, fue tentado en todo, aunque jamás pecó. Él sabe de las luchas y tentaciones que enfrentan los jóvenes. Él puede darles victoria sobre las tentaciones, la degradación e inmoralidad que les acechan. Puede ayudarles en sus incapacidades y debilidades. Él dijo (Jn. 8:31-32):

“...Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

En la comunión con Él y la permanencia en Su Palabra está la poderosa verdad que le llevará camino a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

No fuimos llamados a ser esclavos, no fuimos llamados a vivir en vergüenza, no fuimos llamados a morir en nuestros pecados. Cristo vino a libertarnos, tomemos en serio nuestra comunión con Él. Hagamos de Su Palabra nuestro alimento diario y luchemos fervientemente contra el pecado con la

ayuda del Espíritu Santo. Así veremos cómo Él hace nuevas todas las cosas. No existe un pecado tan grande que nuestro poderoso Salvador no pueda perdonar. Reconoce hoy tus pecados, arrepíentete, acude a Cristo, permanece en Él, quien te hará verdaderamente libre. ¡Él es nuestro poderoso y gran Libertador!

Obras recomendadas para profundizar más en este tema:

“El sexo y la supremacía de Cristo”, de John Piper.
“El principio de la pureza” y “Tentación sexual”, de Randy Alcorn. “¿Por qué esperar?”, de Josh McDowell.

Andrés Rodríguez

.....

“Tengan cuidado, para que el ejemplo de ustedes no contradiga su doctrina, para que no pongan piedras de tropiezo delante de los ciegos que puedan ser ocasión de su ruina; para que no desdigan con sus vidas lo que dicen con sus lenguas y sean así los más grandes obstáculos del éxito de sus propias labores”.

Richard Baxter

Cada vez que escuche a un hombre que se alabe diciendo que es santo, recuerde que un buen perfume no necesita anunciarse.

Charles Spurgeon

- He aquí, él ora -

No todos los hombres son piadosos. Los impíos constituyen la gran mayoría de los seres humanos. Cuando un hombre empieza a ser piadoso, esta es la primera señal de que ha ocurrido un cambio en su vida: "He aquí, él ora". La oración es la señal del hombre piadoso en sus inicios. Hasta llegar al punto de rogar y pedir, no podemos estar seguros de que tenga vida eterna. Se pueden tener deseos, pero si nunca se ofrecen como oraciones, serán como la nubecilla tempranera y como el rocío de la mañana, que pronto se disipan. Pero... cuando un hombre no puede descansar hasta haber derramado su corazón ante el trono de gracia en oración, empezamos a tener la esperanza de que entonces es verdaderamente un hombre piadoso... la oración es como el primer llanto por el cual sabemos que el recién nacido verdaderamente vive. Si no ora, podemos sospechar que solamente tiene el nombre del que vive pero que le falta el verdadero espíritu de vida.

Charles Spurgeon

- Satisfechos con Su Palabra -

Entreguémonos a Dios, para ser gobernados por él y enseñados por él a fin de que, satisfechos con su Palabra únicamente, no anhelemos conocer más de lo que allí encontramos. ¡No! ¡Ni siquiera si nos fuera dado el poder de hacerlo! Esta disposición a ser enseñados, en la cual todo hombre piadoso mantiene todos los poderes de su mente bajo la autoridad de la Palabra de Dios, es la verdadera y única regla de la sabiduría.

Juan Calvino

EL HOMBRE ÍNTEGRO

“...con el íntegro te muestras íntegro.” (Salmo 18:25)
(Biblia de las Américas)

El de corazón íntegro es de un solo sentir, no tiene divisiones. Para el hipócrita hay muchos dioses y muchos señores, y tiene que dar parte de su corazón a cada uno de ellos. Pero para el íntegro, hay un solo Dios, el Padre, y un Señor Jesucristo, y con un solo corazón le servirá. El hipócrita da su corazón a la criatura, y a cada criatura tiene que darle parte de su corazón, y al dividir su corazón, lo destruye (Os. 10:2). Las ganancias humanas llaman a su puerta, y tiene que darles una parte de su corazón; se presentan los placeres carnales, y a ellos también tiene que darles parte de su corazón; aparecen deseos pecaminosos, y les tiene que dar parte de su corazón. Son pocos los objetos necesarios, pero incontables las vanidades innecesarias.

1. El hombre íntegro ha escogido a Dios, y eso le es suficiente

Un solo Cristo es suficiente para un solo corazón; de allí que el rey David oraba en el Salmo 86:11: “...*Afirma mi corazón para que tema tu nombre.*” Es decir: “Déjame tener un solo corazón y mente, y que sea tuyo”.

Hay miles de haces y rayos de luz, pero todos se unen y

centran en el sol. Lo mismo sucede con el hombre íntegro, que aunque tiene mil pensamientos, todos (por su buena voluntad) se unen en Dios. El hombre tiene muchos fines subordinados - procurar su sustento, cuidar su crédito, mantener a sus hijos - pero no tiene más que un fin primordial: ser de Dios. Por lo tanto, tiene firmeza en sus determinaciones, esa concentración en sus deberes santos, esa constancia en sus acciones y esa serenidad en su corazón que los hipócritas miserables no pueden lograr.

2. El corazón íntegro es recto y sin corrupción

“Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, para que no sea yo avergonzado.” (Sal. 119:80). Cuando hay más sinceridad, hay menos vergüenza. La integridad es la gran autora de la confianza. Cada helada sacude al cuerpo enfermo, y cada prueba sacude al alma inicua. El íntegro quizá no siempre tenga un color tan atractivo como el hipócrita, pero su color es natural: es suyo; no está pintado; su estado es firme. La hermosura del hipócrita es prestada; el fuego de la prueba la derretirá.

El íntegro tiene sus enfermedades; pero su naturaleza nueva las remedia, porque en su interior es recto. La “lepra” (el pecado) domina al hipócrita, pero la esconde. *“Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos, de que su iniquidad no será hallada y aborrecida.”* (Sal. 36:2). Procura esconderse de Dios, esconderse más de los hombres y, si le fuera posible, esconderse de sí mismo. Con gusto podría seguir así para siempre creyendo que *“...su iniquidad no será hallada y aborrecida.”* En cambio, el hombre íntegro siempre está examinándose y probándose: “¿Soy recto? ¿Estoy en lo

correcto? ¿Estoy buscando sincera y permanentemente de Dios? ¿Estoy cumpliendo bien mis deberes? ¿Estoy pidiendo la ayuda y el socorro del Señor en todo?”

El santo íntegro es como una manzana que tiene manchitas en la cáscara, pero el hipócrita es como la manzana con el centro podrido. El cristiano sincero puede tener aquí y allá manchitas de pasión o de mundanalidad o quizás de soberbia. Pero si lo cortamos y analizamos, lo encontramos recto de corazón. El hipócrita es como una manzana que es lisa y hermosa por fuera, pero podrida por dentro. Sus palabras son correctas, cumple sus deberes con devoción y su vida es intachable; pero véanlo por dentro: su corazón es una pocilga de pecado, la guarida de Satanás.

3. El corazón íntegro es puro, sin contaminación

La pureza absoluta de corazón es una feliz condición reservada para el cielo; pero el corazón íntegro es puro en relación a su profundo deseo de agradecer y servir a su Señor. Aunque su mano no puede hacer todo lo que Dios manda, su corazón es sincero en todo lo que hace. Su alma se empeña en lograr, con la ayuda y asistencia del Espíritu Santo, una pureza acorde con las palabras del Señor Jesucristo: *“Bienaventurados los limpios de corazón...”* (Mt. 5:8). A veces falla con sus palabras, con sus pensamientos y aún en sus acciones. Pero al poner su corazón al descubierto, se ve un amor, un anhelo, un deseo profundo de llegar a tener una limpieza real y absoluta en la presencia de Dios, aplicando la sangre de Cristo para el perdón de pecados, y aplicando la cruz para ser libre del dominio de todo pecado, especialmente

de la hipocresía, la cual es totalmente contraria al pacto de gracia. En este sentido, el hombre íntegro es el “puritano” de las Escrituras y, por lo tanto, está más lejos de la hipocresía que cualquier otro. Está realmente contento de que Dios es el que escudriña los corazones, porque entonces sabe que encontrará su nombre y naturaleza en su propio pueblo escogido.

No obstante, aun el más íntegro de los hombres en el mundo pudiera tener en él algo de hipocresía. Por eso Salomón escribió: “¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?” (Pr. 20:9). Detecta, resiste y aborrece esta hipocresía, de modo que no se le puede llamar hipócrita, ni condenarlo como tal. Sus propósitos son generalmente puros, para la gloria de Dios; el estado de su corazón y de sus pensamientos es generalmente mejor que su exterior; entre más se lo escudriña, mejor es. Es limpio de deshonestidad en sus relaciones, más limpio aún de toda apariencia de iniquidad ante su familia, más limpio aún en su intimidad y, sobre todo, limpio en su corazón. Aunque allí haya pecado, también hay aversión hacia él, de modo que no se mezcla con él.

El hipócrita escoge el pecado; en cambio, si del íntegro dependiera, no tendría ningún pecado. El viajero puede encontrarse con lodo en su camino, pero hace todo lo que puede por quitárselo. Los cerdos lo disfrutan y no pueden estar sin él. Sucede lo mismo con el hombre íntegro y el hipócrita. Aun el santo más íntegro sobre la tierra a veces se ensucia de pecado, pero no lo programó en la mañana, ni se acuesta con él en la noche. En cambio, el hipócrita lo programa y se deleita en él; nunca está tan contento como

cuando está pecando. En una palabra, el hipócrita puede evitar el pecado, pero nadie, aparte del hombre íntegro, aborrece el pecado.

4. El íntegro es perfecto y recto sin reservas

“Observa al hombre perfecto, y mira al íntegro...” (Sal. 37:37, traducido de la versión King James). Ver al uno es ver al otro. Su corazón está enteramente sujeto a la voluntad y los caminos de Dios. El hipócrita siempre busca algunas excepciones y pone las cosas en tela de juicio. “Tal pecado no puedo abandonar, tal gracia no puedo amar, tal deber no cumpliré.” Y muestra su hipocresía agregando: “Hasta aquí cederé, pero no más, hasta aquí llegaré. Es consecuente con mis fines carnales, pero nadie del mundo me persuadirá a ir más allá”. A veces, el razonamiento del hipócrita lo llevará más allá de su voluntad, su conciencia más allá de sus afectos; no es de un solo sentir, su corazón está dividido, así que fluctúa constantemente.

El íntegro tiene sólo una felicidad, y esta es disfrutar de Dios; tiene sólo una regla, y esta es su santa voluntad; tiene una sola obra, y esta es complacer a su Hacedor. Por lo tanto, es de un solo sentir y resuelto en sus decisiones, en sus anhelos, en sus caminos y sus planes. Aunque puede haber alguna tardanza en el cumplimiento de su misión principal, no titubea ni vacila entre dos objetos, porque está enteramente decidido, de modo que de él puede decirse que es perfecto e íntegro, sin falta alguna.

Hay en todo hipócrita algún tipo de baluarte que nunca ha

sido entregado a la soberanía y el imperio de la voluntad de Dios. Alguna lascivia se fortifica en la voluntad. En cambio, donde entra la integridad, ésta lleva cada pensamiento cautivo a la obediencia a Dios. Dice: “*Jehová Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros; pero en ti solamente nos acordaremos de tu nombre.*” (Is. 26:13). He aquí al íntegro.

5. El corazón íntegro es cándido y no tiene malicia

“*Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.*” (Sal. 32:2). He aquí ciertamente un mensaje bendito. ¡Ay! Tenemos grandes y muchas iniquidades, ¿no sería mejor para nosotros ser como si nunca hubiéramos pecado? Por cierto, carecer de culpa es tan bueno para nosotros como si nunca hubiera sucedido una falta; que los pecados remitidos fueran como si nunca se hubieran cometido; que en el libro de deudas pendientes éstas estuvieran tachadas como si nunca hubieran existido las deudas. Pero, ¿quién es ese hombre bendito? Aquel “*en cuyo espíritu no hay engaño*”, es decir, no hay engaño fundamental; él es el hombre que sin engaño ha pactado con Dios. No tiene ningún engaño que lo lleve a ceder a alguna forma de iniquidad. No hace tretas con Dios, ni con los hombres, ni con su propia conciencia. No esconde sus ídolos cuando Dios está revisando su tienda (Jos. 7:21). En cambio, como sigue diciendo el Salmo 32:5, reconoce, aborrece y abandona su pecado.

Cuando el hombre íntegro confiesa su pecado, le duele el corazón y está profundamente perturbado por él; no finge para disimularlo.

Aquel que le finge a Dios, le fingirá también a cualquier

hombre en el mundo. Vean la gran diferencia entre Saúl y David. Saúl es acusado de una falta, en 1 Samuel 15:14; él la niega, y vuelve a ser acusado en el versículo 17. Sigue restándole importancia al asunto, y busca hojas de higuera para tapar todo. Pero David, de corazón honesto, es distinto: se le acusa, y cede; una pequeña punción abre una vena de sufrimiento en su corazón. Lo cuenta todo, lo vuelca en un salmo que concluye diciendo: “*He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo...*” (Sal. 51:6). El hombre sincero dice: “En cuanto a mí, con el íntegro me mostraré íntegro”.

Richard Steele (1629-1692)

Tomado y adaptado de “El carácter del hombre íntegro”, Sólo gloria a Dios, una división de Reformation Heritage Books (Libros del Patrimonio de la Reforma), www.heritagebooks.org.

.....

“El secreto del mejor padre y mejor esposo está en algo que el hombre natural no puede tener: Es el temor a Dios. Bienaventurado es el hombre que teme a Dios y camina en sus caminos. Eso, y sólo eso, hace de él una bendición extraordinaria para su esposa e hijos. Ese temor lo hace atractivo para su familia, un padre eficaz, un marido amoroso. Ese temor, y para él no hay sustitutos, será el suelo en el que su influencia positiva va a crecer, y la razón central del propósito por el cual Dios constituyó la familia será manifiesto.”

Josemar Bessa

- Luteranos o Cristianos -

“Les ruego que dejen mi nombre en paz. No se llamen a sí mismos ‘luteranos’, sino Cristianos. ¿Quién es Lutero? Mi doctrina no es mía. Yo no he sido crucificado por nadie... ¿Cómo, pues, me beneficia a mí, una bolsa miserable de polvo y cenizas, dar mi nombre a los hijos de Cristo? Cesen, mis queridos amigos, de aferrarse a estos nombres de partidos y distinciones; fuera todos ellos, y dejen que nos llamemos a nosotros mismos solamente cristianos, según aquel de quien nuestra doctrina viene”.

Martín Lutero

“La persecución es buena para quienes que aman a Jesús profundamente, pero no es buena para quienes aman a Jesús sólo un poco”.

(Anónimo)

“Doy gracias a Dios por mis opositores, pues ellos me han inclinado a buscar más ardientemente a Cristo en las Escrituras”.

Martín Lutero

“La ociosidad camina con lentitud, por eso todos los vicios la alcanzan”

Agustín de Hipona

“Debo al papa tanta obediencia como la que le debo al anticristo”.

Martín Lutero

AVANZANDO EN LA PRESENCIA DE DIOS

“Una mujer ociosa y descuidada en la oración, la lectura y estudio de las Escrituras, siempre, siempre tendrá un ancla que la ate a este mundo de vanidades ilusorias.”

Anónimo

Cuando nuestra mirada está en otras cosas, y no en el Señor, siempre estaremos en un alto riesgo de desviarnos y de perder el propósito eterno de Dios para nuestra vida. Los afanes de la vida y las múltiples tareas nos roban las oportunidades de ir a los pies de nuestro Señor para ser enseñadas, instruidas, consoladas y transformadas por Él.

Muchas mujeres hoy en día, jóvenes y mayores, están viviendo vidas frustradas, desordenadas y agotadas; ingenuamente, muchas de nosotras caemos en esto con demasiada frecuencia. Creo que la razón principal, en la mayoría de los casos, es que no tenemos a Cristo como el centro de nuestras vidas, no tenemos tiempo para estar a solas con Él, no hemos cultivado una relación íntima con Dios, no vivimos en Su Palabra. Y por esta razón, no experimentamos la llenura del Espíritu Santo en nosotras porque no pasamos tiempo de calidad en la oración y la comunión con el Señor. No invertimos en ello el tiempo suficiente y, por ende, fallamos en todo lo demás.

Algunas podrían justificarse diciendo: “Yo no tengo tiempo para leer mi Biblia. No tengo tiempo para tener una hora tranquila o una hora santa con el Señor”. Otras quizás piensan: “Cuando trato de leer u orar mi mente divaga, no puedo concentrarme”. O tal vez dirían: “¿Qué hago, si tengo niños pequeños?” O: “Estoy demasiado cansada, no tengo fuerzas. Tengo que responder con mi universidad”. O: “Tengo demasiada carga en mi trabajo”; O: “Tengo un esposo y una familia muy exigentes”. Todas nosotras tenemos estas luchas, y debemos determinar cómo y de qué manera podemos enfrentarlas.

Eligiendo las prioridades

Alguien dijo algo muy importante: “Elige las prioridades para tu vida, y luego construye tu vida en torno a esas prioridades”. No existe tal cosa como ser cristianas a medias o solamente de nombre, o ser cristianas de domingo, o de iglesia; bíblicamente hablando, eso no existe! El cristianismo verdadero incluye una comunión diaria con Dios que se expande a todas las áreas de nuestra vida.

Nuestra vida familiar, nuestras relaciones laborales, nuestra responsabilidad como estudiantes, como empleadas, nuestra vida como miembros de la iglesia, nuestro rol como madres y esposas tienen su lugar, pero sobre todas las cosas somos hijas de Dios, llamadas a la comunión con Jesucristo. Y cuando no estamos viviendo esto, todo lo demás resulta perjudicado.

Susana Wesley

Y déjame, por favor, contarte algunas cosas de la vida de nuestra hermana Susana Wesley, lo cual nos ayudará a ver un ejemplo de cómo sí podemos priorizar nuestra vida con el Señor. Susana Wesley fue madre de 19 hijos. A ella se le conoce como la fundadora del Metodismo. Susana atendía con diligencia todos los quehaceres de su casa, incluso los concernientes a la administración de los recursos, y todo lo referente a la agricultura. Sin embargo, ella apartaba dos horas para la devoción a solas con el Señor. Fue una mujer inteligente, apasionada por los estudios, aprendió griego, latín y francés. Susana fue la fuente principal de educación para sus hijos y, a pesar de ser conocida como una mujer frágil, ella tomaba tiempo en la mañana y en la tarde para estar a solas con Dios, para estudiar y meditar las Escrituras; no importaba lo que sucediera, ella colocaba el reloj y, apenas éste sonaba, ella se disponía en su cuarto para buscar la comunión con Dios. Debido a que muchas veces su esposo estaba ausente, ella se dispuso a dar el servicio a sus hijos los días domingos, tomando sermones de su padre o de su esposo. Rápidamente, estos servicios se hicieron famosos, al punto que se llegaron a reunir hasta doscientas personas en su hogar para compartir sus servicios familiares. Susana Wesley también dedicó tiempo a la Escritura, dejando excelentes materiales y cartas literarias. Susana forjó en sus hijos un amor profundo por el Señor. Ella manifestaba siempre que orar era necesario, no solamente por estar en oración, sino para estar siempre en la presencia del Señor.

No existe otra alternativa. Somos deudoras tuyas y

debemos vivir como tales. El Señor renueve nuestro entendimiento y podamos ser transformadas e inspiradas a hacer todos aquellos cambios necesarios para poder honrar con nuestras vidas el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Por esta causa, dejaré aquí algunos consejos provenientes de la Palabra del Señor y de la vida de mujeres piadosas, para cultivar esta importante práctica en nuestras vidas.

1. Buscad primeramente el Reino de Dios

La Palabra del Señor nos insta en Mt. 6:31 al 33: *“No os afanáis... ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”*

Como dije anteriormente, la causa de gran parte de todos estos problemas está en que cada día vivimos muy afanadas por asuntos que la Palabra del Señor establece como añadidas, no que esto no tenga su lugar en la vida, mas la Palabra del Señor nos dice que debemos buscar primeramente el Reino de Dios y Su Justicia, y nos muestra entonces que todas las demás cosas serán añadidas; es decir, que si estamos alineadas con el Señor en nuestro día a día entonces veremos cómo las cosas que necesitamos estarán también ahí. Entendemos que este es un consejo importante para todos y, en este caso, para nosotras como mujeres que normalmente estamos afanadas y turbadas cual Marta. Debemos buscar primeramente al Señor, es decir, darle el primer lugar en todo, porque el

Padre Celestial sabe de qué cosa tenemos necesidad.

Recuerda en cuántas ocasiones hemos experimentado que, de manera sobrenatural y muy providencial, llega la ayuda que necesitamos para tal o cual labor o para nosotras mismas en asuntos naturales del diario vivir. Quiero resaltar del pasaje lo siguiente: “...pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.” Amadas hermanas del Señor, tenemos un Padre Celestial que quiere ser conocido también bajo esta preciosa figura de padre. Las que somos madres, o incluso como hijas, hemos visto cómo nuestros padres naturales, sabiendo de qué tenemos necesidad, han provisto todas aquellas cosas; es así como nuestro Señor también quiere ser conocido: como nuestro Padre que con amor provee para nosotras, porque sabe exactamente de qué tenemos necesidad. Entonces, el primer consejo que recibimos a través de Su Palabra es venir con confianza a buscar primeramente el Reino de Dios, porque nuestro amado Padre, que sabe todas las cosas y sabe de qué tenemos necesidad, nos dará también todas estas añadiduras según Su buena voluntad, no según nuestra caprichosa voluntad, sino según lo que más nos convenga.

2. Levántate más temprano para tener comunión con el Señor y ofrece al Señor las primicias de tu día

El conocido predicador Charles Spurgeon decía: “Sería bueno tener por norma no buscar a nadie por la mañana hasta no haber buscado el rostro de Dios”. Y la Escritura nos muestra el ejemplo de Jesús (Mr. 1:35): “*Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y*

allí oraba.”

Sé que este es un hábito que no muchas hermanas han desarrollado, mas el mismo Señor Jesucristo lo hacía para estar a solas con Su Padre cada día, y nos está invitando a imitarlo.

Ahora, amada hermana, no puedo decirte a qué hora es temprano para ti. Lo que estos pasajes nos dejan ver con claridad es que nuestro Señor daba las primicias de su día para tener comunión con Su Padre. Él sabía que tendría días muy agitados y que antes de comenzar Su ministerio necesitaba presentarse primero ante Su Padre para atender y escuchar Su voluntad. Dicho esto, quiero tomar este consejo para animarte a organizar tu tiempo, de manera que puedas presentarte ante tu Padre con las primicias de tu día antes de que los afanes de este mundo puedan absorber tu tiempo con el Señor. El salmista dice: *“Por la mañana hazme oír tu misericordia”* (Sal. 143:8).

En mi caso, tengo una familia que inicia muy de mañana sus labores y, por experiencia propia, cuando no puedo tener mi tiempo con el Señor, experimento días muy difíciles en los cuales me siento débil para afrontar los desafíos del día. Entonces, para mí es importante poder estar con el Señor en las madrugadas a fin de escuchar Su voz y ver Su rostro, y ser fortalecida y dirigida por el Señor. *“Oh Señor, de mañana oirás mi voz; de mañana presentaré mi oración a ti, y con ansias esperaré.”* (Sal. 5:3).

Tal vez, querida hermana, para ti sea diferente y puedas estar con el Señor un poco más tarde. Lo importante aquí es poder identificar el tiempo perfecto para estar a solas con el

Señor en oración y en la lectura de Su Palabra, a fin de poder ofrecerle las primicias de tu día.

3. Aparta un tiempo específico para cultivar la oración

Adicional a nuestro tiempo con el Señor en las mañanas, debemos saber que para tener una buena vida de oración, debemos tener otros momentos específicos durante el día (ojalá pudiéramos tener un horario) para desarrollar una práctica constante de la oración. Mira lo que decía el salmista David (Sal. 55:17): *“Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz.”*

Mira esa frase: *“Tarde y mañana y a mediodía...”* ¡Qué bueno es poder mirar el ejemplo de hombres de oración como el salmista David y como Daniel! Todas las virtudes que vemos en Daniel se debían a que él tenía una buena vida secreta: Tres veces al día se presentaba delante de Dios en oración. Cuando vemos las palmeras que son azotadas por los huracanes, pero no se caen, nos están enseñando una gran lección: la raíz debe ser más profunda que lo externo. Si mi vida íntima, mi vida de oración es profunda, mi vida externa va a poder sostenerse en medio de cualquier situación. Mira lo que dice la Escritura sobre Daniel: *“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado (el cual prohibía orar a otro dios que no fuera el rey), entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.”*

Las Escrituras nos dejan ver cómo hombres y mujeres

piadosos estaban a los pies del Señor en oración de una manera constante y organizada “*tres veces al día*”. Esto hizo la diferencia en sus vidas. Allí muchos encontraron el poder de la gracia divina; la dirección y sabiduría para hacer todas las obras que les fueron encomendadas; el gozo, la paz y el amor del Salvador para sus almas; todo esto en el glorioso tiempo de oración. Mi querida hermana, muchas veces ordenar nuestras vidas es ordenar nuestro tiempo de oración ¡El Señor nos ayude a todas en este aspecto!

4. Estudia juiciosa y constantemente la Palabra de Dios

“*Oh, Señor, santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad*” (Juan 17:17). Déjame animarte aún en este momento a una cosa muy importante: a ser una mujer de la Palabra, a leerla, estudiarla, meditarla y vivirla. Si esta no es una práctica en tu vida, hoy te quiero animar a ello ¡Nunca es demasiado tarde para comenzar! ¡Comienza hoy mismo! Ora al Señor que despierte en ti este deseo y te dé la disciplina necesaria; recuerda que Él da el querer, así como el hacer, mas toma la determinación en tu corazón de que vas a ordenar tu vida alrededor de la Palabra de Dios y su enseñanza haciéndola tu prioridad. Esto es indispensable, tanto en tu vida como en la mía. Necesitamos cada vez más, tener un conocimiento profundo de Dios y Sus caminos. Debemos leer la Palabra para buscarlo a Él, desarrollar una relación con Él enraizada en Su revelación escrita. Y no se puede hacer esto sin una fiel entrega y un sacrificio diario. Debemos ser constantes, coherentes y regulares en este trabajo. La meditación, lectura y estudio de la Palabra transformarán radicalmente nuestra vida.

Puedes comenzar escogiendo un libro de las Escrituras para estudiarlo ordenadamente, pasaje por pasaje, versículo por versículo; lee el libro de principio a fin para poder identificar el propósito del libro, el tema; quién lo escribió, a quién está dirigido; resalta las palabras fundamentales, repetidas; trata de mirar el contexto histórico. Una vez tengas esto, mira lo que el Señor quiere decirte por medio de estas palabras ¿Qué te habla? ¿Qué verdad está forjando en ti? Recuerda estar siempre meditando en Su Palabra, leerla en oración. También puedes profundizar acerca del libro escogido previamente, leyendo comentarios de siervos serios de Dios que hablen sobre dicho libro; la interpretación de buenos maestros te ayudará a entender un poco más ese libro.

5. Edificándonos con material para mujeres

Otra buena práctica es acompañar tu tiempo de devoción con material espiritual que edifique tu vida. Puedes buscar en base a temas de tu interés para saber más sobre el consejo del Señor para tu vida. Hay desafíos particulares que vivimos las mujeres, sean solteras, viudas, luchas que tenemos las madres, esposas, y en nuestro rol como mujeres cristianas. Y la iglesia ha acumulado gran contenido y sabiduría distribuidos en libros, programas, biografías, entrevistas, enseñanzas y conferencias, todo esto a nuestra mano para poder crecer en nuestra vida y comunión con el Señor. Desperdiciar tales riquezas sería una pena y un desastre para nuestras vidas. Podríamos decir con certeza que casi sobre todo asunto que aqueja nuestra alma, Dios ya ha provisto grandes porciones de Su gracia a Su pueblo. En este caso es bueno recurrir al consejo de mujeres sabias o de cristianos maduros que nos

puedan recomendar buenos libros, predicadores confiables, ministerios femeninos bíblicos, y material libre de engaño y levadura espiritual. Todo esto también ha sido una poderosa herramienta espiritual para el crecimiento de muchas mujeres en el camino de la fe.

Nunca es tarde

Todos estos pequeños consejos pueden hacer la diferencia. Nunca llegaremos a grandes cosas si no comenzamos con pequeñas cosas. Nunca tendremos resultados diferentes si seguimos haciendo lo mismo todo el tiempo. Es necesario hacer un alto en nuestro camino y volver nuestro corazón a Dios, pedir perdón, rogar Su gracia, y tomar medidas necesarias para cambiar. Hemos sido descuidadas en asuntos que deberían ser nuestra prioridad. Dios, por su Espíritu, nos llama la atención, no sólo para exhortarnos, sino con el fin de despertarnos de nuestro letargo espiritual y ayudarnos en este nuevo camino.

Busquemos insistentemente un mayor tiempo de comunión con Dios, amemos Su Palabra, esforcémonos en ella, démosle la prioridad a Dios en nuestra vida y veremos que todas las cosas nos serán añadidas, y nuestra vida será transformada radicalmente.

“Señor, abrázame con tanta pasión que me enterezca y me una de tal manera a ti que jamás quiera separarme. Abre los cielos; ven, Señor Jesús, derriba la puerta de mi corazón y toma mi vida”. (Nancy Leigh DeMoss)

Diana Ramírez

EL CREYENTE FRENTE AL COVID19

“Este es un momento en que se siente la forma frágil de este mundo. Los cimientos aparentemente sólidos están temblando. La pregunta que deberíamos hacernos es ¿tenemos una roca bajo nuestros pies?” (John Piper)

Mientras escribo estas notas, el mundo enfrenta una crisis global relacionada con una enfermedad respiratoria provocada por un nuevo virus de tipo coronavirus, el cual fue identificado por primera vez en China, en enero del año 2020. El número de contagiados y de muertos crece en una progresión geométrica, y genera temor el pensar hasta donde podrían incrementarse esas cifras. En el mundo, según las cifras de la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, nos acercamos a los 3,4 millones de casos y a 240,000 muertes. Y mientras la ciencia investiga las mejores formas de tratamiento y una posible vacuna, los países aplican de diferentes maneras la única medida que en la historia antigua y reciente ha mostrado resultados para contener las pandemias: el aislamiento. Creyentes y no creyentes bombardeados por océanos de información, en un porcentaje incalculable de la misma sin fundamento, se hacen preguntas, y esperan respuestas. Cuestionan la ciencia y a las autoridades. Se cuestionan a sí mismos y cuestionan a Dios. ¿Qué puede decir el creyente frente a la pandemia por el Covid19?

Nada nuevo bajo el sol

Lo primero que vale la pena recordares el hecho de que se han visto pandemias similares en el pasado, como muy bien resume John Lennox en su reciente libro: “¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?”

“El caso más antiguo de los que se han registrado probablemente sea el de la peste antonina o plaga de Galeno, entre los años 165 y 180 d. C. No se sabe exactamente de qué enfermedad se trató, pero se cree que fue sarampión o viruela, y le quitó la vida a alrededor de cinco millones de personas. Más adelante ocurrió la plaga de Justiniano (541-542 d. C.). Esta fue una enfermedad bubónica que pasó de animales (ratas) a humanos a través de las pulgas. Se calcula que murieron cerca de 25 millones de personas. Hubo otra plaga bubónica, conocida como la peste negra, en el siglo catorce (1346-1353), la cual se cobró la vida de entre 70 y 100 millones de personas que vivían en Eurasia, reduciendo la población mundial en casi un 20 por ciento. En los siglos diecinueve y veinte hubo varias pandemias de cólera en las que murieron más de un millón de personas. Una pandemia de gripe se cobró la vida de entre 20 y 50 millones de personas entre 1918 y 1920. Yo ya había nacido cuando murieron dos millones de personas por la gripe asiática entre 1956 y 1958, y otro millón de personas por la gripe de Hong Kong entre 1968 y 1969. El total de muertes por la pandemia de VIH/Sida, que tuvo su pico entre el 2005 y el 2012, fue de unos 32 millones de personas. Todas estas se clasificaron como pandemias. Además, hubo muchas epidemias —como la de Ébola y la de SARS— que se mantuvieron confinadas

geográficamente, y por eso no se califican como pandemias. Hace apenas 120 años, las personas de Occidente entendían que las epidemias —como la de tifus, de tuberculosis, del cólera y otras— eran parte de la vida cotidiana”.

¿Qué está haciendo Dios a través del coronavirus?

En uno de sus párrafos más conocidos, C.S. Lewis escribió: “El dolor es no sólo un mal inmediatamente reconocible, sino un mal imposible de ignorar. Podemos tranquilamente permanecer en nuestros pecados y estupideces, y cualquiera que haya observado a los glotones engullir los manjares más exquisitos, como si no supieran lo que estaban comiendo, admitirá que podemos ignorar incluso el placer. Pero **el dolor** insiste en ser atendido. Dios nos susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, pero nos grita en nuestros dolores: **es su megáfono para despertar a un mundo sordo**. Un hombre malvado feliz, es un hombre sin la menor sospecha de que sus acciones no ‘corresponden’, de que no están de acuerdo con las leyes del universo”.

Podríamos, a través del velo, atrevernos a considerar -a pesar de nuestro entendimiento limitado- algunas respuestas acerca de lo que Dios está haciendo.

Escribe el bloguero Josué Barrios: “Dios llama a nuestro mundo al arrepentimiento. La crisis actual nos despierta a esa verdad porque estábamos dormidos. Estábamos ensordecidos por el sonido de nuestro sentido de autosuficiencia y por el pecado. Nuestro mundo malvado y “feliz” en su rebelión contra el Señor necesita -aunque

nos cueste admitirlo- ser sacudido como lo es ahora. **El coronavirus es un megáfono de Dios”.**

Continúa Josué Barrios: “El principal pasaje bíblico que viene a mi mente cuando pienso en esto se encuentra en los primeros versículos de Lucas 13:1-5:

“En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Nos asombra que el coronavirus (o una torre que se cae y mata a personas) cause tanta muerte y dolor. ¡Pero Jesús nos enseña que debemos asombrarnos más bien de que algo más horrible todavía no nos haya acontecido! Si nos abruma el coronavirus, debería abrumarnos aún más que no estemos en el infierno justo ahora. Y si algo deben enseñarnos las calamidades que impactan al mundo es que *nosotros*, empezando por aquellos que afirmamos ser el pueblo de Dios, debemos arrepentirnos de nuestros pecados.

John Piper, en su libro “Coronavirus y Cristo” (el cual vale la pena leerlo completamente), avanza en esa dirección. Cito sus 6 respuestas a manera de índice:

-Dios le está dando al mundo en el brote de coronavirus, como en todas las demás calamidades, una imagen física

del horror moral y la fealdad espiritual del pecado que menosprecia a Dios.

-Algunas personas se infectarán con el coronavirus como un juicio específico de Dios debido a sus actitudes y acciones pecaminosas.

-El coronavirus es un llamado de atención dado por Dios para estar listo para la Segunda Venida de Cristo.

-El coronavirus es el llamado del trueno de Dios para que todos nos arrepintamos y realineemos nuestras vidas con el valor infinito de Cristo.

-El coronavirus es el llamado de Dios a su pueblo para vencer la autocompasión y el miedo, y con alegría valiente hacer las buenas obras de amor que glorifican a Dios.

-Con el coronavirus, Dios está aflojando las raíces de los cristianos establecidos en todo el mundo, para liberarlos de algo nuevo y radical, y enviarlos con el evangelio de Cristo a los pueblos no alcanzados del mundo.

Piper termina su libro con este relato histórico: “El 9 de enero de 1985, el pastor Hristo Kulichev, pastor de la Congregación en Bulgaria, fue arrestado y encarcelado. Su crimen fue que predicó en su iglesia a pesar de que el Estado había designado a otro hombre como pastor, a quien la congregación no eligió. Su juicio fue una burla de la justicia. Y fue sentenciado a ocho meses de prisión. Durante su tiempo en prisión, hizo conocer a Cristo de todas las maneras que

pudo. Cuando salió, escribió: “Tanto los prisioneros como los carceleros hicieron muchas preguntas, y resultó que allí teníamos un ministerio más fructífero de lo que podríamos haber esperado en la iglesia. Nuestra presencia en la cárcel sirvió mejor a Dios que si hubiéramos estado libres.”

Citando nuevamente a Josué Barrios: “La pandemia expone ídolos en nuestra vida que ni siquiera sabíamos que estaban ahí, por ejemplo, nos recuerda cuán pequeños y pecadores somos, y cuánto necesitamos que Dios tenga misericordia de nosotros”.

El juicio a nuestra idolatría

Según la Biblia, la idolatría es tratar algo en sí mismo como si fuese lo más valioso y necesario para vivir. Es despreciar a Dios buscando saciar la sed de nuestro corazón en otra fuente aparte de Él (Jer. 2:11-13). Y nada aparte de Él puede redimirnos, dar propósito a nuestras vidas, y satisfacer nuestros corazones.

Estos son algunos ídolos que la pandemia pudiera estar exponiendo en nuestras vidas:

-El ídolo del control y poder: Nos gusta sentir que somos soberanos. Nos gusta hacer planes como si todo estuviera en nuestras manos, y esta es una de las razones por las que oramos tan poco.

-El ídolo de la productividad: Muchas personas aman terminar de cumplir con una lista de tareas o una agenda;

esto las hace sentir completas y útiles y, sin notarlo, a menudo permitimos que nuestra identidad y alegría dependan de las cosas que logramos durante el día, y no de lo que Jesús logró con su muerte y resurrección. Nuestra esperanza está en nuestras obras; así pretendemos justificar nuestras vidas ante Dios y sentirnos mejor con nosotros mismos.

-El ídolo de la salud: No importa cuánto procuremos el bienestar de nuestros cuerpos, algunas cosas, como la muerte y la enfermedad, son inevitables para nosotros. Somos más frágiles de lo que creemos, y esto debiera movernos a buscar al Señor (Sal. 90).

-El ídolo de nuestra familia: Nuestra felicidad a menudo depende más de nuestras relaciones familiares y circunstancias en el hogar que de nuestra relación con el Señor. Nuestros hogares necesitan al Señor más de lo que pensábamos, y nuestra familia no puede darnos la seguridad que más necesitamos.

-El ídolo del dinero: Para muchos de nosotros, la alegría dependía de los números en nuestras cuentas bancarias. Esta crisis evidencia la necedad de poner nuestro corazón en el dinero, y no en el Dios que cuida de las aves del cielo y prometió cuidar de nosotros (Mt. 6:24-34).

-El ídolo del ministerio: Ver cómo la Iglesia sigue existiendo a pesar de que muchos de nosotros no podemos servir en ella de manera presencial como antes, tiene poder para recordarnos que nuestra identidad no debe estar en las cosas que hacemos para Dios. Nuestra

identidad real está en Él.

-El ídolo de una vida atractiva: La crisis actual nos recuerda que hay cosas más importantes que tener una ‘selfie’ en un lugar asombroso, compartir los lugares que visitamos, o tener miles de ‘like’. La clave para tenerlo **todo**, es tener a Aquel que tomó el camino menos atractivo de la historia y nos llama a vivir para Él (Mr. 8:31-37).

¿Puede salir algo bueno de todo esto?

Son innegables las repercusiones económicas, sociales y sanitarias de la pandemia, pero también debemos reconocer algunos beneficios. Además de la notable disminución de la contaminación del aire y de las aguas, con el resurgimiento de la vida silvestre, los medios de comunicación secular destacan otros beneficios del confinamiento por la pandemia.

Sólo para citar algunos: La solidaridad y el apoyo mutuo entre vecinos, el repensar nuestro consumismo, la disminución de la delincuencia, más cultura por medios virtuales y un aumento del tiempo dedicado a la lectura, explosión de creatividad al buscar y encontrar otras formas para hacer las mismas cosas (ejemplo de ello son los colegios, las universidades y los emprendimientos), la reivindicación de la dignidad del personal sanitario, la cultura del autocuidado, entre otros.

Diría que, como creyente, además de aprovechar este tiempo para cultivar nuestra vida de oración y de estudio profundo de la Biblia, y poder recrear nuestra vida familiar,

tenemos la hermosa oportunidad de mostrar a los no creyentes la razón de la esperanza que hay en nosotros, lo cual no es algo nuevo; la Iglesia primitiva tiene mucho que enseñarnos al respecto.

Como muy bien destaca Moses Y. Lee, en su artículo: “Lo que la Iglesia Primitiva puede enseñarnos sobre el coronavirus” (publicado en Coalición por el Evangelio): “La iglesia primitiva no era ajena a las plagas, epidemias, e histeria colectiva. De hecho, según relatos cristianos y no cristianos, uno de los principales catalizadores del crecimiento exponencial de la iglesia en sus primeros años, fue cómo los cristianos respondieron a las enfermedades, al sufrimiento y a la muerte”.

Si la respuesta no cristiana a la plaga se caracterizó por la autoprotección, la autopreservación, y el evitar a los enfermos a toda costa, la respuesta cristiana fue todo lo opuesto. Según Dionisio, la plaga sirvió a los cristianos como “escolarización y prueba”. En una descripción detallada de cómo los cristianos respondieron a la plaga en Alejandría, escribe cómo “los mejores” entre ellos sirvieron honorablemente a los enfermos hasta que ellos mismos contrajeron la enfermedad y murieron.

El impacto de este servicio fue doble: (1) El sacrificio cristiano por sus hermanos creyentes sorprendió al mundo incrédulo al presenciar el amor comunitario como nunca antes lo habían visto (Jn. 13:35). (2) Y el sacrificio de los cristianos por los no cristianos resultó en un crecimiento exponencial de la Iglesia primitiva a medida que los sobrevivientes no

cristianos, que se beneficiaron del cuidado de sus vecinos cristianos, se convirtieron a la fe en masa.

Citando al mismo Dionisio: “Se regocijaban por la oportunidad que presentaban tales circunstancias para probar nuestra fe: salir de nuestro camino para amar y servir a nuestros vecinos, difundiendo la esperanza del Evangelio, tanto en palabras como en hechos, en tiempos de gran temor”.

Hoy, seguramente, la primera línea de atención está en manos del personal sanitario, lo cual no nos exime de nuestra responsabilidad de estar atentos a las necesidades materiales, emocionales y espirituales de creyentes y no creyentes.

Resistencia al miedo, amoroso servicio y gloriosa esperanza

El mismo Moses Y. Lee nos ayuda con la aplicación: ¿Cómo podríamos poner en práctica esta postura frente al Covid19, distinguiéndonos del mundo en la forma en que respondemos a la creciente epidemia? Quizás podemos comenzar resistiendo el miedo que está llevando al pánico a varios sectores de la sociedad; en lugar de ello, podemos modelar la paz y la calma en medio de la creciente ansiedad que nos rodea.

También podríamos tratar de servir sacrificialmente a nuestros vecinos al respetar prudentemente los consejos de profesionales médicos para ayudar a frenar la propagación de la enfermedad. Debemos priorizar la salud de la comunidad

en general, en lugar de sólo la nuestra, especialmente la de los ciudadanos más vulnerables, ejerciendo mucha precaución, sin perpetuar el miedo, la histeria o la desinformación.

Citado por Lennox, el sociólogo y demógrafo religioso Rodney Stark afirma que “la tasa de mortalidad en las ciudades donde había comunidades cristianas pudo haber sido la mitad en comparación con las otras ciudades”.

“La motivación cristiana para buscar la higiene y la salud no surge de un deseo de autopreservación, sino de una ética de servicio a nuestro prójimo. Deseamos cuidar a los afligidos, lo que ante todo significa no infectar a los que están sanos. Los primeros cristianos crearon los primeros hospitales en Europa como lugares higiénicos para proveer cuidados en los tiempos de la peste, entendiendo que la negligencia que aumentaba la propagación de las enfermedades era, de hecho, asesinato”.

¿Cuál debe ser entonces nuestra posición como creyentes frente al coronavirus? De convicción y confianza en cuanto al futuro:

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Ro. 8:18, 38-39).

Y termino con un pensamiento de Charles Haddon Spurgeon: “Dios es demasiado bueno como para ser cruel, y es demasiado sabio como para equivocarse. Cuando no podemos ver Su mano, debemos confiar en Su corazón”.

Pablo Moyano

.....

“La razón humana es como subir un hombre borracho a un caballo; lo subes por un lado, y se cae por el otro”.

Martín Lutero

“La educación sin valores, por más útil que nos pueda parecer, sólo hace del hombre un demonio más inteligente.”

C. S. Lewis

“Un corazón que está lleno del mundo, es un corazón
lleno de necesidades”

Thomas Brooks

“Creo en el Cristianismo así como creo que el sol ha salido.
No sólo porque lo veo, sino porque gracias a que lo veo
puedo ver todo lo demás”

C.S. Lewis

“La Biblia no es difícil de entender, simplemente es
difícil de aceptar”

Steve Lawson

¡Necesitamos desesperadamente pastores!

“Estoy convencido de que ser pastor es un privilegio bendito y una gran responsabilidad. Ser embajador de Dios y ministro de la reconciliación es la misión más noble, más sublime y más urgente que un hombre puede ejercer en la tierra. Ser portador de buenas nuevas, predicador del evangelio, consolador de los afligidos, edificador de los santos y pastor de almas es el puesto de más honra que el hombre puede ocupar su vida. Ninguna ventaja financiera debería desviarnos de esa tarea. Ninguna posición política, por más estratégica, debería encantarnos al punto de desviarnos del ministerio de la Palabra.

Estoy convencido de que la necesidad más grande que tenemos en la iglesia contemporánea es de un gran despertamiento espiritual en la vida de los pastores. Si de un lado los obreros son el principal problema de la obra; del otro, también ellos son el principal instrumento para el crecimiento de la obra. ¡Necesitamos desesperadamente de un avivamiento en el púlpito! Necesitamos pastores que amen a Dios más que a su éxito personal. Que se fatiguen en la Palabra y traigan alimento nutritivo para el pueblo. Que conozcan la intimidad de Dios por la oración y sean ejemplo de piedad para el rebaño. Que den la vida por el rebaño en lugar de explotar al rebaño. Que tengan valor de decir “no” cuando los demás estén diciendo “sí” y, decir “sí”, cuando la mayoría dice “no”. Que no se doblen al pragmatismo ni vendan su conciencia por dinero o éxito.

Quizás uno de los grandes problemas contemporáneos sea que tenemos muchas estrellas en la constelación de la grey evangélica. Hay pastores a los que les gusta ser tratados como astros del cine y como actores de televisión. Sin embargo, es importante decir que las estrellas brillan donde el sol no está brillando. Donde el Sol de la Justicia brilla, no hay espacio para que el hombre brille. Dios no divide su gloria con nadie. Solamente Jesús debe ser exaltado en la iglesia. Toda la gloria dada al hombre es gloria vacía, es vanagloria. El culto a la personalidad es idolatría y una abominación para el Señor Jehová.”

Hernandes Dias Lopes

Equipo Editorial:

Alberto Rabinovici
Andrés Rodríguez
Diana Ramírez
Jhair Díaz
Luisa Cruz
Marcelo Vieira
Pablo Moyano
Pablo David Santoyo

Invitado:

Gerson Lima

Revisión:

Alicia Hernández
Asmiria Pirela
Carolina Vásquez
Marane Almeida
Saskya Barros

Diagramación:

John Jairo Gutiérrez

Distribución:

Héctor Santoyo

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio.

Si desea suscribirse y recibir nuestras publicaciones trimestrales puede contactarse con nosotros.

Conozca nuestro sitio web:

www.tesoroscristianos.net